

GALDÓS EN CANARIAS
(1843-1862)

JOSÉ PÉREZ VIDAL

GALDÓS
EN CANARIAS
(1843 - 1862)



EL MUSEO CANARIO
INCORPORADO AL CONSEJO SUPERIOR
DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

«Omito lo referente a mi infancia, que carece de interés o se diferencia poco de otras de chiquillos o de bachilleres aplicaditos.» (B. PÉREZ GALDÓS, Memorias.)

«Soy de los que opinan que en la historia de los hombres la de su infancia y adolescencia importa mucho, sobre todo cuando se trata de artistas, los cuales casi siempre siguen teniendo mucho de niños y adolescentes.»

»Y... nada sabemos de la infancia ni de los primeros años de pubertad de Pérez Galdós.» (LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN», Galdós.)

EL AMBIENTE

I

ANTECEDENTES DIECIOCHESCOS.

La ciudad de Las Palmas, capital de la Gran Canaria, está situada, de cara al mar y al sol, en la costa oriental de la isla. Desde el mismo borde del mar, se adentra y se recuesta suavemente en los riscos de San Roque, San Francisco y San Lázaro, que tiene a la espalda. Un barranco, casi siempre seco, la atraviesa por el centro, del monte a la playa, y la divide en dos barrios opuestos y bien caracterizados: Vegueta y Triana.

Vegueta es la ciudad señorial y antigua, con gris empaque de piedra y edificación apretada. Allí están la Catedral, la Audiencia, el Palacio episcopal, las Casas del Concejo y las nobles casas de grandes balcones coloniales. Triana, a la otra margen del ba-

rranco, es la ciudad moderna y mercantil, de traza más alegre y desenvuelta.

En esta época del vapor, el avión y la radio, Gran Canaria, como todas las islas, ha roto y destruído su encantado aislamiento. Una espesa red de comunicaciones la acerca y la ata a todas las tierras. La isla no está ya suelta y perdida en medio de la mar. Antes, la isla sí era verdadera isla. Su vida se deslizaba como un largo sueño azul de mar y cielo. De tarde en tarde, la pesadilla del desembarco de un pirata o de una epidemia. Y, pasado el susto, otra vez, al encalmarse los nervios, el largo e interminable soñar¹.

De tarde en tarde también, los espíritus menos adormecidos de la isla se esforzaban en sacudir la general modorra; y, por un momento, inquietos afanes de cultura y progreso rebullían en el ambiente. Eran repentinos arranques, hijos casi siempre de un vivo contacto con el exterior: la llegada de algunos forasteros ilustrados o ricos en iniciativas; el regreso de algunos jóvenes isleños, de vuelta de sus estudios. Tanto unos como otros intentaban introducir las ideas o las reformas y novedades que habían conocido en la península o en el extranjero; mas insensiblemente, la pesada indolencia del ambiente les iba ganando, y, al poco tiempo, ya

todos sus afanes se habían apagado y extinguido.

Uno de estos momentos cargados de inquietudes, proyectos y felices realizaciones, se produjo en Las Palmas a fines del siglo XVIII. Las tendencias innovadoras de sentido práctico partieron principalmente de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Fundada en 1777 por el obispo fray Juan Bautista Servera, se dedica principalmente, como las peninsulares de su clase, a fomentar la instrucción pública, la agricultura, la industria. Establece una academia de dibujo, mejora los procedimientos de salazón de pescado, estimula el comercio y la construcción de buques. Los nuevos rumbos culturales irradiaron, más bien, del Seminario Conciliar. El mismo obispo Servera lo había fundado en la casa de los extinguidos jesuitas y lo había dotado con los mismos bienes de éstos. Sin embargo, las doctrinas que en aquellos primeros tiempos se enseñan en el nuevo centro son muy distintas de las profesadas por los discípulos de San Ignacio. Las últimas tendencias de la filosofía francesa habían penetrado audazmente en sus aulas y se habían apoderado de la juventud, con gran escándalo del Santo Oficio ².

En las clases más elevadas de la sociedad, en el alto clero incluso, bullen entonces insa-

ciables ansias de novedad, y se presta fervorosa acogida a las ideas más atrevidas. Los alijos de libros prohibidos son esperados con codicioso afán por los empelucados señores. Los practican, en sus viajes de retorno, los mismos barcos que conducen al extranjero los agridulces malvasías de las islas. Y la posesión y lectura de estas obras, sin gran miedo al Santo Tribunal, cada día menos temido, constituyen una nota de distinción y de buen tono ³.

LUCHAS POR LA HEGEMONÍA DEL ARCHIPIÉLAGO.

En aquel ambiente dieciochesco, tan cargado de apetencias culturales, el proyecto de instaurar una Universidad concentró los empeños más tenaces y sostenidos de las islas. Los padres sentían viva inquietud cuando tenían que enviar a sus hijos a cursar estudios superiores en la península, entonces tan distante. Pero lo que fué un deseo común de todo el archipiélago, se convirtió bien pronto en un mar revuelto de discordias y luchas. Las Palmas, de Gran Canaria, y La Laguna, de Tenerife, alegaron tenazmente y justificaron con opuestas razones los méritos de cada una para que se les concediera la Uni-

versidad. Las dos ciudades lucharon con el más apasionado empeño por alcanzar la alta institución. Por eso, cuando, en 1792, una real cédula se la concede a La Laguna, la frenada porfía de ambas poblaciones estalla en abierta rivalidad ⁴.

Esta contienda interinsular, no interrumpida ya ni un instante, empezó a absorber la atención y las iniciativas de los canarios, y aquel movimiento cargado de afanes culturales se fué debilitando y casi se paralizó. A poco, la situación especial en que se encontraron las islas durante la guerra de la Independencia y las obligaciones que ésta les impuso, alejaron aún más de los isleños sus inquietudes y preocupaciones intelectuales. La Laguna y Las Palmas se disputan ahora la hegemonía administrativa del archipiélago. En esta nueva ocasión, también La Laguna tiene la suerte de ver realizadas sus aspiraciones. Su Junta Suprema es reconocida, al menos en los primeros momentos, como único órgano de gobierno de la provincia, y a sus miembros—¡primordial atención en aperturas de guerra!—se les conceden fachendosos y brillantes honores. Esta nueva contrariedad aumenta aún más el desánimo y el decaimiento general en Gran Canaria. La isla vive días tristes y cerrados, sin una ventana a la esperanza. En este estado de

indolencia, un grave suceso - la conducción a Tenerife del regente y del fiscal de la Audiencia - produce una general reacción. En medio de una explosión de exaltadas pasiones se reúne en Las Palmas un Cabildo permanente, que por aclamación adopta importantes acuerdos: no reconocer a la Junta Suprema de La Laguna, enviar una diputación a la Junta Central, publicar un manifiesto... Pero junto a estas disposiciones determinadas por la lucha sostenida con Tenerife, no se olvida lo necesario para contribuir a la guerra, mucho más importante, que se libra en la península por la independencia: el Cabildo acuerda equipar y enviar a Cádiz el batallón de granaderos de Gran Canaria ⁵.

EL BATALLÓN DE GRANADEROS DE GRAN CANARIA.

El entusiasmo era mucho, pero los recursos escasos; en la isla no había los elementos indispensables para equipar correctamente un batallón. No fué posible proveer a todos los soldados del uniforme de chaqueta azul y pantalón blanco; tampoco hubo fusiles para todos, ni todos los fusiles que pudieron reunirse eran iguales. La misma irregularidad del equipo se daba también en la pro-

cedencia y condiciones de los soldados y de los jefes y oficiales; de los primeros, unos eran ya veteranos, otros bisoños; y entre los oficiales, junto a los ya probados, había los de necesaria improvisación.

El patriotismo y la buena voluntad suplió, sin embargo, todas las deficiencias, y, el 5 de abril de 1809, los granaderos canarios, a las órdenes de don Juan María de León, zarparon en una flotilla de cinco navés, rumbo a la península. Iba entre ellos, como capellán, el joven presbítero don Domingo Pérez Macías y, como subteniente, su hermano don Sebastián, estudiante, a quien, como a otros, el Cabildo había concedido la improvisada graduación. Son los únicos miembros del batallón expedicionario que aquí nos convendrá recordar ⁶.

FIEBRE AMARILLA, ABANDONO Y MONOTONÍA.

En Las Palmas, fué aplacándose poco a poco el hervor de la contienda interinsular. El apaciguamiento se acentuó al conocerse la disposición de la Junta Suprema Gubernativa en que se ordenaba el cese tanto de la Junta de La Laguna como del Cabildo de Gran Canaria. Se restituyeron todas sus fun-

ciones a la Audiencia, a la Comandancia militar y demás organismos y autoridades que habían sido mediatizados o absorbidos por aquellos cuerpos patrióticos, y la normalidad volvió a reinar.

No fué, sin embargo, muy duradera esta tranquilidad en una isla, cuyo sino parecía que era vivir en continuo sobresalto.

Un nuevo golpe, pero éste con terribles proporciones de tragedia, no tarda en caer sobre ella. La desafortunada capital es quien principalmente lo recibe y padece. Al favor de su escasa limpieza, una fulminante epidemia de fiebre amarilla se propaga con impresionante rapidez entre sus habitantes. En un momento, el número de atacados y de muertos es tan elevado, que no hay medio de atender a tanto desastre. La población, llena de pánico, huye hacia zonas del interior de la isla, exentas, por su altura, del contagio. En la ciudad, amarilla de muertos y enfermos, sólo quedan las personas indispensables para la sanidad y la asistencia.

Esta calamidad produjo una impresión hondísima en la isla. El dolor dejó aletargados los espíritus y desterró de ellos toda fina y elevada apetencia. Años y años pasaron sin que en aquella población, decaída y aplañada por tantas adversidades, surgiera de nuevo la ilusión de levantar el tono de su

vida. Del ilustrado hervor que había agitado el ambiente en los últimos años del siglo XVIII, apenas si quedaba, en una selecta minoría, un cohibido recuerdo. En alguna contada ocasión, ráfagas de movimientos políticos peninsulares sacudían fugazmente los ánimos, la isla correspondía a tono con la calidad del estímulo y, pasado éste, volvía a adormecerse. Fué el caso, por ejemplo, de lo sucedido durante los *dos mal llamados años*. En Las Palmas se proclamó la Constitución, hubo la general bulla en periódicos y reuniones, y se eligió como diputado para las cortes liberales, a un liberal tan conspicuo y significado como el inquieto doctoral don Graciliano Afonso. Mas, restablecido el absolutismo, el doctoral emigró a América, la juventud liberal quemó sus libros y periódicos, y volvieron los días tranquilos, monótonos y sin afanes. El final del primer tercio del siglo sobrevino sin que se registrara ningún suceso digno de mención. El movimiento que había de hacer de Las Palmas una ciudad culta, moderna y populosa todavía no se anunciaba por ninguna señal ni síntoma.

A pesar de la dura advertencia de la epidemia de fiebre, la ciudad continuaba descuidada y sucia. Las calles, cuya limpieza tenían encomendada los mismos vecinos, estaban en su mayor parte mal empedradas y

sin aceras; algunas carecían hasta de nombre. El tránsito rodado en ellas era completamente desconocido, y no había más medios de locomoción y transporte que las caballerías y las corsas o rastras. Fuera de los murallones, que intentaban en vano cerrar la ciudad por el sur y el norte, las estrechas y antiguas veredas de la época de la conquista constituían las únicas vías de comunicación insulares.

El comercio, la industria y la agricultura se hallaban aún en un estado rudimentario y pobre. Toda la instrucción, aparte de las cátedras del Seminario, estaba a cargo de algunas amigas y de dos escuelas de primeras letras: una en Vegueta y otra en Triana. La academia de dibujo había sido cerrada a causa de los escándalos que los alumnos producían al salir de noche de las clases. No faltaba alguna que otra persona culta; pero, en general, dominaba una despreocupada incultura. No existían parques, ni paseos, ni casinos, ni sociedades con fines recreativos o artísticos. El único ateneo estaba representado por la concurrida y popular botica de *las cadenas*. En ella sí; allí se comentaban durante días y días las noticias que de tarde en tarde llegaban de la península en el místico *Buen Mozo*. Con ocasión de estos comentarios, que alternaban con la chismogra-



Un aspecto de Las Palmas a mediados del siglo XIX.

(Oleo de don Amaranfo Martínez de Escobar.)

ffa local, se dibujaban, cada vez con más fuerza y precisión, los dos principales bandos políticos de la ciudad: el liberal o *descamisado* y el servil o *casación*. Pero a estas reuniones de la célebre botica no acudían, por lo general, sino personas de cierta gravedad y empaque. Las demás no tenían otras distracciones que pasear al atardecer por la calle de Triana hasta la puerta del mismo nombre. Por la noche, había reuniones en las casas, y en ellas continuaban los comentarios y la buena y mala crítica. La murmuración estaba, por lo común, a cargo de las personas mayores, más conocedoras de la vida familiar e íntima de la población. Los jóvenes se preocupaban más bien de encubrir con inocentes juegos de prendas otros juegos más intencionados y menos inocentes.

Los únicos sucesos que alteraban un poco esta monotonía de la vida de la ciudad eran las fiestas de Semana Santa, Corpus, Nochebuena, alguna bulliciosa excursión a la iglesia de la Virgen del Pino, patrona de la isla, y las bodas y bautizos, casi siempre acompañados de bailes y... largos comentarios.

En las ocasiones de gran concurrencia, sobre todo en las inacabables funciones religiosas, era donde más sensible se hacía el tono triste, uniforme y descuidado de la población: ensombrecían el ambiente una legión

de clérigos con sus negros trajes talares y sus canales desmesurados; los frailes, numerosos, con sus hábitos austeros; los hombres, enfundados en capas españolas, encubridoras con frecuencia de interiores desaliños; las mujeres, aprendices de fantasmas, con la negra tiesura del manto y saya; las hijas del pueblo, con flecos, también negros, en sus mantillas... El espíritu más alegre, emprendedor y decidido se estrellaba contra aquel espeso muro de negra y triste tradición ?.

MOVIMIENTO JUVENIL: «LOS NIÑOS DE LA LAGUNA».

Al comenzar el segundo tercio, encrespado y romántico, del siglo, se nota, por fin, un esperanzado alborear de nuevos horizontes; una brisa juvenil y desvelada agita y desempolva el espíritu de la isla y desentumece sus miembros. La iniciativa de este nuevo movimiento parte principalmente de los estudiantes de la isla que cursan Jurisprudencia en la Universidad de La Laguna: los célebres *niños de La Laguna*. Es un movimiento que tiene su primer manifestación en las repercusiones isleñas de la agitación revolucionaria que culmina en el motín de La Granja. Los móviles aparentes son las

amplias y desmelenadas ideas liberales de la época. Mas, a espaldas de estos impulsos generales, o combinados con ellos, actúan con mayor influencia otros más limitados, de ambiente local o isleño. Las cuestiones relativas a las elecciones para diputados a Cortes se relacionan estrechamente con las disputas entre Tenerife y Gran Canaria sobre la capitalidad de la provincia; del programa de reformas anunciadas para cada legislatura, preocupan sobre todo las que pueden tener repercusión en la mayor o menor supremacía de una u otra isla: la reorganización de las audiencias, el arreglo de las catedrales, las mejoras en la enseñanza... Se achican y empequeñecen las grandes cuestiones; pero este empequeñecimiento supone una adaptación de las mismas a las necesidades y aspiraciones de la isla. Los problemas pierden categoría y grandeza, pero ganan en vida. La rivalidad interinsular es un estimulante antagonismo. La disputa tiene como todas desagradables aspectos, maliciosas torceduras, mas la contienda determina la emulación, mantiene los espíritus atentos y vigilantes. Por ella, el movimiento debido a los *niños de La Laguna* agita profundamente la vida isleña y logra una continuidad casi ininterrumpida. El brillante proceso que convierte la ciudad de Las Palmas, hasta aquel mo-

mento dormida y sucia, en la capital activa y moderna de hoy, puede decirse que tiene entonces su origen y comienzo.

Un grave contratiempo estuvo, sin embargo, a punto de paralizar, casi en sus comienzos, aquel patriótico hervor. La fiebre amarilla hizo su reaparición en noviembre del año 1838, y ya todo el mundo no pensó sino en ponerse a salvo. La población se trasladó rápidamente a los campos en un veraneo de San Martín, gregario y forzoso. Mas, tan rápida fué entonces la huida, que la enfermedad apenas hizo víctimas, y, a poco, desapareció por la llegada del invierno.

Restablecida la normalidad, se volvió a fijar la atención en los asuntos públicos, y, al poco tiempo, el pulso de la vida isleña tornaba a latir con un ritmo creciente y prometedor ⁸.

LAS JUNTAS INDEPENDIENTES.

La señal más clara y elocuente de la vitalidad que iba adquiriendo aquella población con el fermento de la juventud universitaria surgió, poco después, en 1840, con motivo de la renuncia de doña María Cristina a la Regencia. Tan pronto como se conoció esta noticia en Las Palmas, levantóse el pue-

blo al grito de ¡*Viva Isabel II!* y se constituyó una junta de gobierno a imitación de las de otras provincias. La junta se proclamó fiel a los principios progresistas y, como era de esperar, independiente en absoluto de las autoridades provinciales de Tenerife. Este juego político de las juntas independientes se va a repetir en Las Palmas, a través de todo el siglo XIX, siempre que una agitación política nacional deja en cierto abandono el gobierno de las provincias. Aquella, la progresista de 1840, duró, como todas, hasta que el gobierno central se consolidó y ordenó que se disolviera. De su efímera gestión, quedó en Las Palmas como recuerdo el derribo del convento de Santa Clara, la aparición del *Boletín Oficial*, primer periódico de la isla, y una saludable sacudida de ánimos...

Las esperanzas que gran parte del pueblo canario había puesto en la política espartarista se fueron esfumando rápidamente ante las disposiciones desfavorables de las autoridades provinciales y la absoluta inhibición del gobierno respecto de los problemas de las islas. En consecuencia, la mayoría de los elementos representativos del movimiento progresista de 1840 en Las Palmas, fueron apartándose de esta política y adoptando una actitud claramente antigubernamental. La

misma juventud universitaria llegó a establecer contacto con el moderantismo.

Así se explica que, en 1843, al triunfar el movimiento moderado en Torrejón de Ardoz, fueran los mismos *niños de La Laguna* quienes solicitaran del Ayuntamiento de Las Palmas la adopción de medidas análogas a las de 1840. Y así se hizo: se proclamó la más leal adhesión a la coalición antiespartista y se constituyó, igual que entonces, una junta gubernativa, independiente—¡cómo no!—de las autoridades provinciales de Tenerife. Su secretario era el mismo de la junta progresista del año 40: el joven letrado don Juan Evangelista Doreste.

Pero la vida de la nueva junta no discurre tan tranquila como había discurrecido la de aquélla. Un grave e inesperado incidente, que luego resultó tragicómico, altera la calma de uno de los primeros días de su corta existencia ⁹.

UN EPISODIO PROVINCIAL

El mariscal de campo don Jaime Carbó, comandante general de la provincia, cree exageradas las noticias que se reciben de la península, y decide mantener el orden mientras no tenga informaciones más seguras.

Los sucesos de Gran Canaria exasperan su disciplinaria formación militar y hierve en deseos de reducirlos enérgicamente. Tiene, sin embargo, más fanfarria que fuerza. No puede disponer de la tropa y, si pudiera, tampoco tendría buques para trasportarla. Ante tanta dificultad, ordena al segundo cabo de la provincia que se traslade a Las Palmas a intimidar a los jefes de la milicia provincial y nacional. Espera que, con este recurso del miedo y la amenaza, tal vez pueda restablecer el orden y disolver la junta. Esperanzas vanas... Mas, como el superior manda, allá va el anciano brigadier don Fausto del Hoyo, bigote y charrasco, mareado y dando tumbos, en el ridículo e inofensivo guardacostas que tiene a su cargo las del archipiélago.

En Las Palmas, mientras tanto, creyendo que Tenerife se ha adherido también al movimiento, se vive, con la mayor despreocupación y confianza, en el feliz y patriótico ambiente de su pasajera independencia. La noticia, transmitida por la atalaya, de la proximidad del minúsculo buque, causa, pues, en los ánimos, una fuerte reacción de coraje y sorpresa. Se cree, con ceguera producida por el apasionamiento localista, que el guardacostas conduce tropas, no sólo para ahogar el movimiento, sino también para humillar

a Las Palmas. Una explosión patriótica estalla. Toda la población, exaltada y frenética, se lanza a las calles. Los toques alarman-tes de generala se mezclan con el alborotado rebato de las campanas. Los miembros de la junta corren hacia el ex-convento de San Agustín; allí se constituyen, con toda urgencia, en sesión permanente. Los milicianos y artilleros provinciales también se apresuran a reunirse y organizarse. La sección de caballería de los nacionales se escalona espontáneamente en el camino del Puerto. La muchedumbre, arrebatada por la violenta oleada patriótica, se ofrece a la junta. Todo el mundo corre, vibra y hace algo..., o hace que hace.

Sólo el gobernador de la isla, don Tomás Fajardo, no sabe qué hacer. Por una parte, ha prestado una ambigua adhesión a la junta; por otra parte, está obligado, como militar, a guardar obediencia a su general. El conflicto es grave. ¿Qué partido seguir? ¿Qué actitud adoptar? Más que las ideas, le preocupan la conveniencia y el deber. Y su deber será juzgado por el partido que triunfe. Lo mejor será tomar precauciones y esperar a que le orienten los mismos sucesos.

Trazado este plan, hace tomar las armas a la guarnición, y se encierra con ella en el castillo del Rey. Allí se mantiene a la es-

pectativa, la mecha sobre los cañones, dominando el puerto y la ciudad.

El guardacostas, en todo este tiempo, se ha ido acercando, y se encuentra ya a corta distancia de tierra. La milicia nacional ha salido a tambor batiente y con bandera desplegada y ha tomado posiciones junto a la puerta de Triana. En el castillo de Santa Ana, los milicianos artilleros también se han instalado en nombre de la junta. El cuidado y las precauciones se extreman y multiplican porque ha entrado la noche. A lo largo de los Arenales, se han colocado centinelas avanzados para que vigilen y comuniquen las maniobras del buque. Toda la ciudad se encuentra ya sobre las armas. La expectación y la ansiedad ahogan su resuello. En la oscuridad de la noche, parece que la población se ha muerto. Todo el vecindario, sin embargo, está en su sitio, armado y esperando.

De pronto, una noticia corre desde los centinelas más avanzados a la junta: *¡No vienen tropas, sino un emisario! ¡No vienen tropas, sino un emisario!...* Y una reacción de desahogo descarga la ansiedad y la incertidumbre de los pechos. Una sensación de alivio y, al mismo tiempo, para algunos, de desilusión. Muchos hubieran preferido demostrarle a las autoridades de Tenerife de lo que

era capaz la Gran Canaria por defender su independencia... Pero mejor ha sido así.

El emisario solicita permiso para conferenciar pacíficamente con los señores de la junta. Se le concede, desembarca y, en medio de una nutrida escolta de caballería, se le conduce a San Agustín. Las tropas, que con tanta hostilidad le han esperado, sirven ahora para cubrirle la carrera. Hay en este acto, no sólo un honor a sus años y a su graduación, sino una cuidadosa precaución de que no se comunique con nadie. El gobernador de la isla, no hay que olvidarlo, continúa indeciso y ya francamente sospechoso, encerrado en el castillo del Rey.

La romántica entrevista del brigadier con la junta dura sólo unos breves momentos. No se falta a la cortesía por ninguna de ambas partes, pero el tono y el ambiente son muy poco amistosos. Tieso y bizarro el brigadier; prevenidos e inflexibles los miembros de la junta. El emisario, solemne e imperativo, expone su mensaje: conmina al patriótico cuerpo a que se disuelva, e intenta persuadirle de que va a comprometer al país sin ninguna ventaja para las ideas que defiende. La junta rechaza resueltamente su conminación y le despide con todos los respetos. La escena ha sido emocionante. De un velón reblandecido ha resbalado una gruesa lágrima de cera.

Don Fausto del Hoyo, rodeado por la escolta y la oscuridad de la noche, pasa de nuevo, entre la tropa y el silencio, camino ahora del embarcadero.

Despejada ya la incógnita de la inquietante visita, la junta, envalentonada por el apoyo popular, decide aclarar también la actitud de Fajardo. Aprovecha la exaltación de las milicias y le pone sitio en toda regla al castillo del Rey. Su rendición no resulta difícil porque ya no hay motivos para justificar una resistencia. Más que la privación de agua y de víveres, es la falta de moral la causa de la rápida entrega de los sitiados. Fajardo ya no vacila y reconoce públicamente la autoridad de la junta.

Así, en un exaltado ambiente de patriotismo y triunfo, termina este extraordinario episodio de la historia insular. La rapidez de su desarrollo, la unánime colaboración popular y el acierto de los dirigentes y de sus decisiones demuestran la vitalidad y madurez alcanzadas por aquel movimiento juvenil en Gran Canaria. Sus ideales no son, como pudiera creerse juzgando por estos primeros pasos, de destrucción y subversión. Las señales inconfundibles de su vigoroso sentido constructivo no se van a hacer esperar. Algunas de ellas hasta se ofrecen ya, prometedoras, a la vista ¹⁰.

EPISODIOS PARTICULARES Y NACIONALES.

Antes de que nos detengamos a enumerarlas y examinarlas, resultará conveniente, sin embargo, que paremos la atención y nos fijemos en un militar: el gobernador del castillo del Rey, cuando don Tomás Fajardo se encerró dentro de la fortaleza con la guarnición. Aunque muy cambiado por la edad, no es difícil reconocer en él a don Sebastián Pérez Macías, aquel subteniente que, treinta años atrás, embarcara con el batallón de granaderos de Gran Canaria rumbo a la península. Iba entonces en compañía de su hermano, el presbítero don Domingo, capellán de las fuerzas expedicionarias.

En la lucha contra los franceses, los soldados isleños, que en tierras peninsulares lograron mejorar algo su instrucción y su armamento, intervinieron en varias acciones y se comportaron honrosamente. De modo especial, se distinguieron en el sitio de Cádiz, donde, con gran arrojo, se lanzaron a construir una batería en uno de los lugares más combatidos por el enemigo.

Los méritos adquiridos en campaña le valieron a don Sebastián para asegurar y hacer efectivo aquel improvisado y provisional nombramiento que el Cabildo le había con-

ferido. Y su vida se orientó ya hacia la milicia ¹¹.

De la expedición a la península, don Sebastián había escrito unos breves *Apuntes*; se componían de una nota escueta de la plana mayor del grupo, y de una somera relación de sus actividades bélicas: los preparativos en Cádiz, la marcha a Extremadura, el regreso a la isla de León, la intervención en la batalla de Chiclana y, por fin, la vuelta a las islas en la conducción de quinientos prisioneros franceses. Eran unos apuntes sin detalles, ni apreciaciones, ni adjetivos, en los que había tanta sencillez como modestia ¹². Mucho más interesante era la relación que con el mismo motivo había escrito su hermano don Domingo. Aunque lastimosamente mutilada, todavía se conserva. Su título no puede ser más explícito: *Viaje que hice desde Canaria con la columna de Granaderos que pasó a la Península cuando la guerra con los franceses* ¹³. Esta relación del presbítero es muy distinta de los apuntes del militar. Aunque tampoco presenta preocupaciones ni afeites literarios, es riquísima en detalles y sabrosos comentarios. Su autor, más que un observador fino y agudo, parece un curioso irresistible que todo lo escudriña. No hay local donde no se meta, ni lugar de aglomeración y bullicio a que no acuda con su mi-

rar inquisidor y refitolero. Lo mismo asiste a una función religiosa que a un baile; a una corrida de toros igual que a la bendición de unas banderas; a un hospital lo mismo que a unas comedias o a unos volatines.

De todo juzga entre ingenuo y asombrado, sin que, a veces, falten a sus apreciaciones finos ribetes de ironía. Aunque es sacerdote, sus juicios no sufren violentas refracciones religiosas. Se le nota, sí, un poco preocupado por la moral y por la comida. Pero su moral no es sermoneadora ni hipócritamente pudibunda; ante actos o escenas que chocan con su formación, dice su parecer y pasa adelante. Su preocupación por la comida está justificada: es preocupación general en tiempos de guerra. Además, él va en un batallón, y ya es sabido que los pueblos retraen sus provisiones ante la llegada de fuerzas militares, que entran en ellos como plagas. La relación produce, así, una vigorosa impresión de sinceridad y humanidad, que es su principal valor y mérito. A veces, es tan minuciosa la narración y tan ajustada la observación de los hechos, que surgen escenas y cuadros de un colorido y realismo notables. Unos cuantos fragmentos nos darán idea, mejor que nada, de lo que son y pueden valer estas interesantes memorias. Veamos, por ejemplo,

cómo nos habla el curioso capellán de una fiesta en Cádiz:

«Otra famosa función, aunque no de iglesia, gocé cuando vino el embajador inglés: esta fué una de las mayores concurrencias que he visto jamás; trató el comercio de obsequiar a este señor, para lo que se dispuso un baile en el Coliseo, que estaba iluminado y adornado con la magnificencia que podía una junta tan opulenta; había porción de salones con cuanta clase de licores y bebidas se podía imaginar, para cuantos querían entrar, con libertad franca para andarlo todo; al mismo tiempo, baile, aunque éste era un desorden muy grande. Había música inglesa y española. Esta función empezó después de las once y duró hasta que salió el sol. La casa estaba toda cercada de tropa para evitar algún desorden y también para que no entrase gentuza. En cuanto al bello sexo, digo que no espero ver tanto lujo, ni tanta indecencia.»

No es mucho que así se exprese un sacerdote ante los refinamientos y desnudeces femeninas de la época del Directorio.

Veamos ahora cómo nos refiere las durezas y los descansos de las marchas:

«Salimos de aquí—de Lebrija—a las once

de la noche camino a Villafranca, cinco leguas muy largas de camino muy llano; hay una marisma que cansara a un santo; tierra inculta muy llana; allí se podía ver una multitud de caballos que estaban comiendo yerba, pues aunque era en septiembre nos admiramos de caminar mucho terreno encontrando la yerba, aunque medio seca, pero sencilla, como dicen en mi tierra, sin que hubiesen llegado allí los animales. Cuando eran las nueve de la mañana, yo no podía sufrir la sed, y lo mismo creo que sucedía a muchos; encontraron una porción de fruteros... y todos tomaron algo, menos yo, que tenía que decir misa cuando llegara, porque era domingo. Llegamos, en fin, a las diez de la mañana, y me fui en derechura a la iglesia, donde luego que llegó la tropa, dije misa. Cuando concluí, me dice el beneficiado que fuera a su casa; entré en un cuarto que me pareció la cosa mejor del mundo, no porque lo fuese, sino porque yo estaba muerto de calor, y aquella habitación estaba muy fresca y con unas macetas de albahaca en la ventana que encantaban; antes de que tomase el chocolate, tomé un gran vaso de agua con muy ricos panales; en tanto que tomaba el chocolate, una hermana del beneficiado preparaba una magnífica cama en el mismo cuar-

to, y aunque yo, por cortedad, no quería, me hizo acostar.»

A veces se detiene en describirnos las ciudades y los pueblos; otras, en cambio, resume la descripción en cuatro rasgos; por ejemplo, la de Monasterio:

«El pueblo—dice—es algo mejor que los antedichos: las casas casi todas son lo que llamamos terreras; tiene mucha vecindad. La iglesia es muy indecente, las imágenes muy ridículas; aquí estuvo mucho tiempo nuestro cuartel general.»

Como final de estas muestras de la relación del capellán, véase el vigoroso realismo de esta pintura de un párroco que encontró en un pueblecito de Extremadura:

«Mi alojamiento fué en casa del cura: desde que entré me incomodó el ver que, dentro de la misma sala, había un ventorrillo, y que una sobrina del señor cura estaba despachando vino y aguardiente, con cuyo motivo aquello estaba lleno de soldados... La cama que me pusieron fué un colchón en el suelo con una sábana de lienzo muy basta y una colcha de lana. Al día siguiente mataron una puerca que tenía una porción de hijos ya

muy grandes y empezaron a despachar en la misma puerta de la casa; yo mismo vi al señor cura cortando pedazos y despachando con mucha paciencia. Ignorando yo que fuese una puerca preñada (que luego supe todo por mi asistente), le dije a éste que sin decir que era para mí, hablase por un pedazo de asadura para un compuesto, y al punto me sirvió el señor cura con un pedacito, que costó al asistente veinte y ocho cuartos. Había una higuera en el patio y muy de mañana mandó el señor cura a su criada que cogiese los higos, encargándole que cuidase si comía uno, y luego que estaban en venta, tomó un plato y dijo a mi asistente:—Toma, para tu amo, que son muy buenos; cuestan diez cuartos... Había una porción de uvas colgadas y unas cuantas sandías. Dijo mi asistente que si venderían una para mí, y al instante dijo el señor cura que, por ser para el capellán, con mucho gusto; me costó a cuatro cuartos la libra y por desgracia salió muy mala. Con mi consentimiento, le robó mi asistente unos racimos de uvas, que fué lo único que cené la noche siguiente en Trujillo...»

No cabe mayor sinceridad ni realismo más descarnado y crudo.

De esta manera, un militar y un capellán, hermanos, habían vivido y anotado sus epi-

sodios particulares, y los nacionales, durante la guerra de la Independencia.

BAJO EL SIGNO DE LA REVUELTA POLÍTICA.

Al regresar a Gran Canaria, don Sebastián recibió en pago de atrasos y como premio a sus servicios, una modesta data en el Monte Lentiscal: una porción de terreno, cuya mayor parte dedicó a viñedo, y que aún conservaba ¹⁴.

Mejorando de posición económica y ascendiendo en la milicia, fueron pasando los años y llegó el momento del matrimonio. Lo contrajo con doña María de los Dolores Galdós, y de la unión empezaron a nacerle hijos y más hijos.

Viendo así aumentar su prole, había llegado hasta aquel revuelto año de 1843, en que la disciplina y la incertidumbre le habían puesto en un aprieto, y las milicias populares en apretado sitio.

El final del tragicómico episodio ya se ha visto. El guardacostas, que tanto había alarmado a la población, sólo conducía a un anciano brigadier con un inofensivo mensaje. Los ánimos, tan soliviantados al principio, en seguida se habían aplacado. El goberna-

D.^o Sebastian Casas Sube de milicias permanentes en esta
 Ciudad nro legitimo de D.^o Antonio Caldera y de D.^o Juan
 Matias — — — — — D.^o Maria de
 Matias del pueblo de Calsequin en esta Isla — y D.^o Maria de
 Concepcion Caldera y Medina real y vecina de esta Ciudad e hija
 legítima de D.^o Domingo Caldera ya difunto y de D.^o
 Maria Concepcion de Medina fueron casados en halla
 de nuetra Sta Madre Iglesia hoy veinte y nueve del
 mes de Sept.^o de este año de mil ochocientos veinte y
 tres, e igualmente fueron velados p.^o en el infante cap.
 la Cruz en esta Capanga de nra Señ de las Berrugas
 y S.^o Juan de Dios de esta Ciudad en espacio de
 S.^o Juan, habiendo precedido las respectivas que
 dispone el Sr. Conde de Siento y obsecradores de
 lo dispuesto p.^o S.^o M. en su R.^o Pragmatica y
 disposiciones, y trasan de la misma, como ma
 lay en el comta del pliego Matrimonial p.^o
 de al intento, y q.^o original se conserva en el
 Archivo. fueron testigos presentes D.^o Ma
 Concepc.^o Medina, D.^o Maria del Carmen Salas
 Medina y D.^o Domingo Henrig Sacha con
 menor de esta Capanga y la firme
 Antonio Aquelin
 D. Carlos

Acta del matrimonio de los padres de Benito Pérez Galdós.

dor de la isla, ya sin moral, se había rendido y había reconocido públicamente la autoridad de la junta.

Mas como hasta entonces no había habido



Acta de bautismo de Benito.

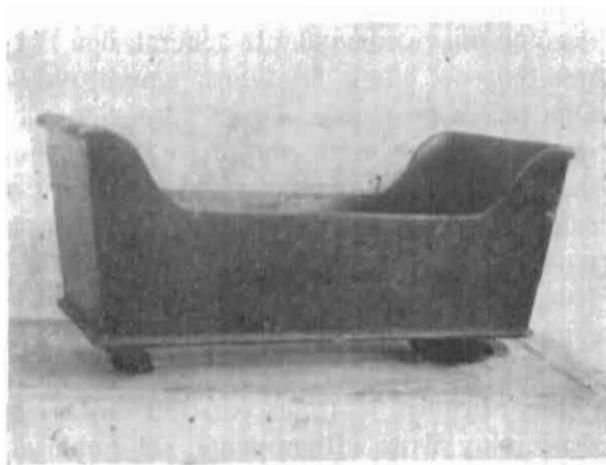
(Véase nota 19.)

ninguna víctima, aquel levantamiento iba a resultar un poco desairado. ¡Después de tanto estruendo no podía quedar todo de la misma manera! En todo alzamiento quiere desahogarse la bestia. Por eso se incendia, y se asalta, y se derriba y mata. Pero en aquella ocasión, al ir a dar el zarpazo no se había encontrado enemigo. El mensajero había impuesto, por su condición de tal, los máximos respetos. El gobernador Fajardo se había rendido y proclamado amigo de la junta. Había que buscar a alguien sobre quien descargar la mallumorada sensación de chasco. Y el elegido fué el personaje menos impor-

tante de la farsa: el gobernador del castillo del Rey.

Al volver la milicia a su cuartel, la junta comisionó a dos de sus miembros para que comunicaran a los milicianos que habían merecido bien de la patria. Fué la ocasión que aprovechó la fiera para saciarse. La milicia pidió la destitución del gobernador del castillo y la petición no tardó en ser atendida. Don Sebastián Pérez Macías fué depuesto y enviado a su casa ¹⁵.

Las consecuencias de este acto no fueron sólo morales. En el domicilio de don Sebastián, a medida que habían ido aumentando los hijos, habían ido creciendo también las necesidades. Ultimamente, hacía sólo dos



La cuna.

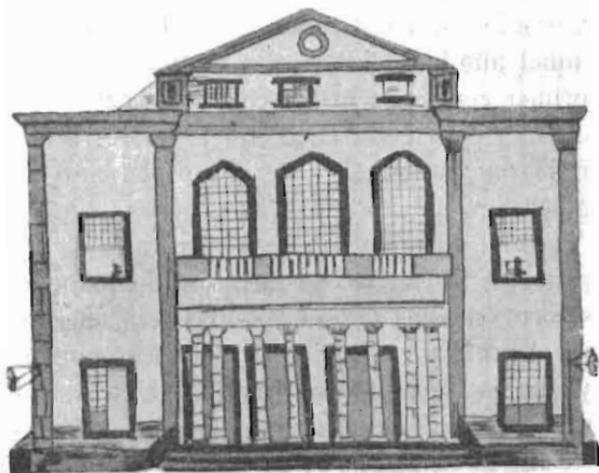
meses—el 10 de mayo—le había nacido el décimo hijo. A tan tierna edad, el pequeño Benito, mientras perneaba en su cuna, una cuna tosca en forma de artesa, no podía darse cuenta de la zozobra de su padre. Las en-crespadas ondas de un movimiento político-militar de la península habían tenido especial-resonancia en la isla, y habían lanzado precisamente sobre él su principal y última sacudida. Pero el hecho, en torno a un ser que entonces abría los ojos al mundo, parecía tener un inquietante valor de sino.

EL DESPERTAR ROMÁNTICO.

La junta siguió funcionando hasta que llegó un nuevo comandante general, don Fermín Salcedo, que la disolvió, y constituyó la Diputación provincial. De su actuación sólo quedó como recuerdo duradero la creación de varios ayuntamientos y la dedicación del solar del derruido convento de Santa Clara: parte a alameda pública y parte a la construcción de un teatro. Las necesidades de reunión y expansión iban sintiéndose cada vez con más fuerza.

Las aficiones teatrales existían en la isla desde muy atrás; últimamente, sin embargo, al calor de la general inquietud cultural, se

habían acentuado de modo notable. Hacia tres años, en 1840, se había constituido una sociedad dramática de aficionados con damas y caballeros de las principales familias de Las Palmas. Las funciones se celebraban en un teatro habilitado en la calle de los Balcones, y su producto se dedicaba a sufragar los gastos de mejoras generales. De esta ma-



Teatro de Cairasco.

(Manuscrito anónimo de 1852.)

nera, se había adquirido el instrumental para la primera banda de música y se había empezado a construir la alameda de Colón en el solar del derruido convento.

Con el éxito creciente de las representacio-

nes, se había empezado a sentir la necesidad de un local más amplio y adecuado, y, para satisfacerla, la junta, antes de ser disuelta, había tenido el buen acuerdo de facilitar el solar para construir un teatro. Las obras, aunque hubo que vencer algunas dificultades, se realizaron con bastante rapidez y, a principios de 1844, ya estaban terminadas.

En el local del nuevo teatro—Teatro de Cairasco—se constituyó el 1.º de marzo de aquel año la sociedad el Gabinete literario, primer centro de instrucción y recreo de la ciudad; pero las actividades teatrales no se iniciaron hasta el 31 de enero del año siguiente.

Con el estímulo del buen resultado de los primeros proyectos, no tardaron en planearse otros nuevos. Ahora, además, era más fácil el brote y exposición de las ideas porque ya había un centro de reunión. Una de las que surgieron en el seno del Gabinete literario fué la felicísima de fundar un colegio de primera y segunda enseñanza. Surgió con motivo de los comentarios sobre la supresión de la Universidad de La Laguna y no tardó en llevarse a la práctica. Se aprovechó el edificio que había sido convento de agustinos y, muy poco después, el colegio, que por su local recibe el nombre de San Agustín, abrió sus aulas.

Aquel mismo año de 1845 se instaure en Las Palmas una cátedra de Notariado y se funda la Sociedad Filarmónica.

De esta manera, con un ritmo sin precedentes en la isla, las reformas e innovaciones se suceden: aumenta el número de escuelas de ambos sexos, se mejora el pavimento y aceras de las calles, se construyen caminos y puentes...

Este rápido y prometedor desenvolvimiento se ve de pronto trágica y repentinamente perturbado. Un buque infectado, procedente de Cuba, contamina del cólera a la población, y la epidemia se extiende hasta los más apartados rincones de la isla. Más de seis mil personas sucumben víctimas de la nueva calamidad. Durante varios meses, la isla vive, y muere, completamente incomunicada. Las autoridades provinciales, por temor a que la enfermedad se propague a las restantes islas, llegan hasta quitar el timón a los barcos fondeados en el puerto. El comercio, la industria, la vida toda, convaleciente de pasados abandonos, sufre un terrible colapso. Menos mal que en seguida se reacciona.

Empieza entonces a agitarse el pensamiento de abandonar la pretensión de capitalidad y a activarse, en cambio, por todos los medios posibles, la de división de la provin-

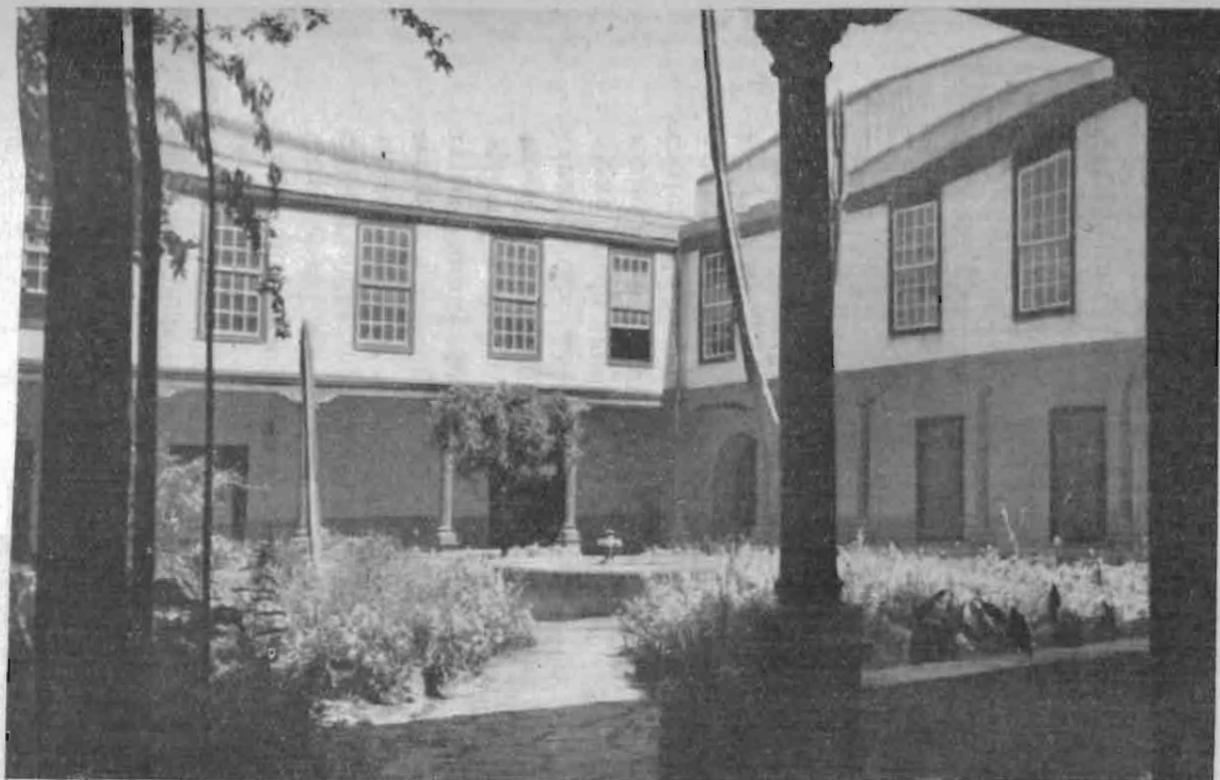


Una vista antigua de Las Palmas. En el centro, hacia el fondo, el Teatro de Cairasco.

cia en dos independientes. Es una pretensión mucho más asequible.

Y, efectivamente, al favor de las simpatías que la desgracia del cólera había despertado en la corte hacia Gran Canaria, el 17 de marzo de 1852 se obtiene el decreto de división tan deseado. Lo lleva a Las Palmas el capitán del velero *Joven Temerario* y es recibido con las mayores demostraciones de satisfacción. Una alegría infantil, que no teme al mayor ridículo, enardece y agita los ánimos. Durante cuatro días, la ciudad se convierte en un trasunto de Jauja. Se reparte a todo el mundo ron y ponche del tan renombrado de *Señá Aniquita*. Y para que el bello sexo pueda también participar del general regocijo, se organiza un baile en el patio del colegio de San Agustín. Ramas, flores y tarjetones alusivos engalanan las paredes. Tras el rigodón de honor, un vals compuesto con tan fausto motivo, el *Vals de la División*, canaliza con sus ritmos el desbordado barullo.

A las ventajas que se empiezan a lograr con esta reforma administrativa, se unen pronto—julio de aquel mismo año—las que comienzan a producir la concesión de la franquicia de puertos al archipiélago. Esta disposición sí favorece de forma eficaz y duradera el progreso de la isla: se intensifican las



Patío de San Agustín.

(Fot. Naranjo.)

comunicaciones, se desarrolla el comercio, crece la riqueza y se incrementan los medios y recursos para realizar nuevas iniciativas y proyectos. La otra, la de la división, durará poco; en 1854, un nuevo ministerio la anula, y otra vez un solo gobernador vuelve a regir todo el archipiélago.

Ante esta contrariedad, Las Palmas no se desanima ni pierde las esperanzas de que se restablezca la división. La espera como consecuencia del cambio político que se presagia y lo prepara todo para cuando llegue el momento. Y, en efecto, el mismo día en que se recibe la noticia del pronunciamiento de Vicálvaro, el pueblo se lanza a la calle con el retrato de Espartero y la bandera de la milicia nacional, y en un momento, entre vítores y cohetes, se constituye una junta de gobierno, suprema e independiente como las anteriores, y como todas fugacísima. Dura lo que el ministerio, producto de aquel movimiento progresista, tarda en normalizar la vida del país.

Pero así, entre epidemias, movimientos políticos y luchas interinsulares, la isla se mantiene desvelada y alerta y, unas veces a saltos y otras con paso firme, continúa su desenvolvimiento, empujada por una juventud inteligente e inquieta.

Aunque imperan corrientes románticas, no

se descuida el aspecto económico. Una poderosa fuente de riqueza, la de la explotación de la cochinilla, se desarrolla también entonces. El bienestar de la isla es cada vez más seguro y alentador.

Las consecuencias del cambio de ideas y de circunstancias son cada día más expresivas. Se pone fin a las obras de la fachada de la catedral; se terminan de construir las Casas Consistoriales. Las publicaciones literarias empiezan a desarrollarse; el periodismo está ya representado por *El Porvenir*, *El Despertador canario*, *El Crisol*. El Ayuntamiento ha abierto al público una biblioteca y un museo; la Sociedad Económica organiza certámenes literarios... Frutos importantes de todo este movimiento cultural empiezan a salir de las prensas. Uno de los primeros y más sobresalientes es la *Historia de la Gran Canaria*, de Agustín Millares. El primer tomo aparece en 1860; el segundo se publica el año siguiente. En él, resumiendo el desarrollo de Las Palmas y sus adelantos en los últimos años, el autor pone de manifiesto este elocuente contraste: «Si se compara lo que era en 1830 con lo que es hoy, se ve que en sólo un cuarto de siglo ha adelantado más que en los tres siglos y medio que lleva el archipiélago de conquistado.» ¹⁶.

LA INFANCIA Y LOS PRIMEROS
BROTOS LITERARIOS

II

LOS PADRES Y LA CASA.

A fines del siglo XVIII, don Domingo Galdós y Alcorta, un «varón digno y virtuoso», natural de Azcoitia, pasó a Gran Canaria con el cargo de receptor del Santo Oficio. Su fortuna en la isla no fué muy próspera y, sobre todo, después de su matrimonio con doña Concepción Medina, no transcurrió su vida muy holgadamente. Su familia se incrementó de modo comprometedor para su economía con los hijos que le fueron naciendo, y aunque trató de aumentar sus ingresos con actividades comerciales, parece que no pudo dedicar a éstas especial atención. Más de una vez se vió llevado y traído por enojosas cuestiones de dinero ¹⁷.

Sin embargo, mientras vivió don Domingo, su familia, mal que bien, fué cubriendo sus necesidades con cierta dignidad y decoro. Los verdaderos apuros surgieron al morir él

y dejar a los hijos aun pequeños. Los mayores apenas si habían entrado en la adolescencia. La situación económica de la isla era, por otra parte, muy difícil, y no se encontraba forma de sustituir los ingresos del padre. En el aprieto, la solución fué la de todos lo canarios en análogas circunstancias: América. Los hijos varones, desde que pudieron, emigraron a Cuba ¹⁸.

La ayuda y el alivio también empezó a llegar desde otra parte. Una de las hijas, María de los Dolores, contrajo matrimonio, como ya se ha visto. Don Sebastián, su marido, hijo de labradores acomodados, tenía algunas propiedades en Valsequillo, al sur de la isla; en el trozo de terreno volcánico que le habían dado en el Monte Lentiscal, ya obtenía regulares cosechas de uva; y en Las Palmas, una casa que poseía en la calle del Cano le brindaba domicilio. En ella se instaló el nuevo matrimonio y con éste la viuda del inquisidor.

Hay quien ha dicho que doña María de los Dolores se casó más por necesidad y conveniencia que por cariño; pero esta afirmación, hecha a tanta distancia y sin ninguna prueba, parece no tener más valor que el de una simple suposición. En cambio, sí se presenta con visos de verdad la tradición del predominio que doña María de los Dolores ejerció en



En primer término, fachada actual de la casa en que nació Benito Pérez Galdós.

su hogar. Don Sebastián tuvo el sino de tantos militares de mandar en el cuartel y obedecer en casa.

La joven esposa era autoritaria, hacendosa y muy pulcra. Lo primero que hacía todos los días, al amanecer, cuando aún todo el mundo dormía, era darse un baño frío al aire libre, en un pequeño patio trasero. Después se dedicaba con gran energía a las labores diarias de la casa. Vigorosa y bien dotada para la maternidad, iba mostrándose, además, muy prolífica. Uno tras otro fueron naciendo los hijos, hasta diez. Al décimo, que también había de ser el último, se le puso el nombre de Benito ¹⁹.

Los chicos jugaban y corrían en el patio principal de la casa: un patio con flores, y un pozo a la izquierda; a la derecha, había una serie de habitaciones bajas; en una de ellas, en la tercera, tenían los padres su alcoba. Arriba, la pesada balaustrada de los corredores del piso alto dominaba el patio. Y un zaguán húmedo, con recio portón de tea, servía de comunicación entre éste y la calle.

Al exterior, la casa presentaba una fachada estrecha; sus huecos se abrían reducidos y escasos; a la altura del piso principal, un balcón calado de celosías, y, junto a él, una

ventanuca; en los bajos, la puerta de la calle y otra ventana.

La calle del Cano, situada en el barrio mercantil de Triana, era entonces, como hoy, rectilínea y angosta. Empezaba en la de los Malteses, centro del comercio, y terminaba en la plazoleta del convento de las Bernardas. Ningún tráfico rodado interrumpía su tranquilidad y su silencio. Cuando, de tarde en tarde, el coche del señor obispo, el de alguna familia aristócrata o la carreta del señor Torres pasaban rebotando sobre los cantos rodados del pavimento, los vecinos de



Iglesia de San Francisco en que fué bautizado Benito Pérez Galdós.

(Manuscrito anónimo de 1852.)

la calle—las vecinas y los chicos sobre todo—corrían a asomarse a las ventanas. Era un acontecimiento.

El ambiente de la casa de don Sebastián, con ser amantísimo, estaba impregnado del

de la época, severo y grave. Las campanas de la torre vieja, al par que marcaban las horas de los oficios, regulaban la vida doméstica. A las ocho de la mañana, los toques del esquilón señalaban la hora del almuerzo; otro toque, a las dos de la tarde, anunciaba la comida; y, por último, el toque de ánimas, a las ocho o a las nueve de la noche, según la época, ordenaba la cena y el sueño. Durante la noche, bajo la alta vigilancia de la catedral, que de pie y desvelada sobre el cerro de San Antonio seguía dando las horas, todo el mundo dormía.

LOS PRIMEROS AÑOS.

En este ambiente, a un tiempo severo y cariñoso, iban creciendo Domingo, Ignacio, Tomasa, María del Carmen..., todos los hijos de don Sebastián. Los mayores ya se escapaban algunas veces a la calle y, a través de las tapias en ruinas del convento de las Bernardas, extendían sus correrías de chicos hasta las huertas de San Lázaro y el humildísimo barrio de pescadores de la Vica. Benito, como ningún otro hermano venía a desplazarlo del seno materno, prolongaba y abusaba de la lactancia con un insaciable instinto de goloso.

De los brazos de su madre pasaba a los de sus hermanas, que jugaban con él como con un muñeco. Algunas veces una criada, Teresa, lo llevaba a la calle o a la casa próxima de los señores de Calimano; una casa que era como una repetición de la suya. Las mujeres le hacían fiestas y lo regalaban con golosinas. Un día lo indigestaron y fué necesario consultar al médico don José Rodríguez—el médico Carmen, como le llamaba el público—, que le recetó un vomitivo de Le Roy y un purgante. Fué una indigestión vulgar sin complicaciones ni consecuencias.

Durante la infancia no sufrió grandes desarreglos ni enfermedades mayores. Mas, si no era enfermizo, tampoco se crió robusto y fuerte. No era un chico vivo, travieso y atrevido. Tímido más bien, crecía al amparo y apego de las faldas hogareñas.

Su entretenimiento favorito empezó a ser recortar papeles con las tijeras de su madre, embadurnando de goma objetos y personas. Al principio encontró alguna resistencia en la familia: siempre se han considerado peligrosas unas tijeras en manos de una criatura. Pero era tan dócil el chiquillo y manejaba con tanta habilidad el temido instrumento, que pronto se le dió permiso y papel en abundancia para que se entretuviese a sus anchas.

Sus manos de niño pacífico, incapaces de lucha, progresaban por momentos en el sencillo y difícil arte de recortar monigotes. Sus criaturas no tardaron en llamar la atención de las personas mayores, y ya todos celebraban su destreza. ¡Parecía mentira que un niño tan pequeño pudiera hacer aquello! Y hubo quien declaradamente se resistió a reconocer sus sorprendentes facultades. Uno de estos incrédulos fué el doctor don Vicente Clavijo, pero las niñas de Calimano le llevaron a Benito y lo convencieron.

Así, entre dulces, papeles, goma y manos femeninas, el niño, tan modosito, iba creciendo y creando su mundo; un mundo, prodigioso, de fantasía y papel.

CARICATURISTA PRECOZ.

Por las tardes, lo llevaba de paseo la fiel Teresa, Teresa Robaina, la criada de confianza, que aliviaba a doña María de los Dolores en la pesada carga de atender a prole tan numerosa. En el paseo, la muchacha hablaba algunas veces con su novio. No se constituía entonces el eterno y delicioso grupo del niño, la criada y el soldado. No. Pepe Chirino, el novio de Teresa, era un «ronco-te», es decir, un marinero de los barcos de la

costa de Africa; feo como una noche de truenos y más curtido que las lonas de su pailebot, paseaba más que hablaba. Hecho a la soledad del mar y a hablar sólo lo indispensable para la vida, su pobreza de expresión junto a Teresa era la de un animal doméstico. ¡En las largas temporadas de pesca, allá en la costa, sucedían tan pocas cosas dignas de contar! Pero Pepe, por lo mismo que era tan simple y bruto, era también noblote e incapaz de dobleces y de otros amoríos. Desde que llegaba de viaje y quedaba libre de faenas a bordo, acudía a comunicarle a su novia el regreso. Hablaban entonces un breve momento en el zaguán y, después, mientras permanecía el barco en Las Palmas, se veían por la tarde, cuando Teresa sacaba de paseo a Benito. En aquellas salidas, la figura brutal del marinero se le fué metiendo por los ojos al niño.

Ciertò día apareció pegado en el postigo del portón del zaguán un monigote de papel. Todas las personas que entraban en la casa y se encaraban con él soltaban la carcajada y celebraban el parecido. Todos identificaban en seguida el rudo y desgarrado perfil de la silueta.

—¡Es Pepe Chirino!—repetían.

Però, en cambio, tardaban en convencerse

de que la expresiva caricatura fuese también obra del pequeño Benito. Y de él era, en efecto. En ella se mostraba ya, no sólo diestro en el recorte, sino fiel observador. El chico, aunque dócil y tranquilo, no parecía tonto. Sus padres no habían de tardar en mandarlo a la escuela ²⁰.

EN LA ESCUELA.

Parece que primeramente asistió a una amiga que tenía doña Luisa Bolt. Esta señora, de origen británico, estaba casada con don Enrique Morera, tenedor de libros de la casa inglesa de don Tomás Miller. Daba las clases en su propio domicilio de la calle de los Malteses, a dos pasos del de Benito, y esta proximidad debió de influir sin duda en que la eligieran como primera maestra del chico. Para la enseñanza de las primeras nociones cualquiera serviría ²¹.

De allí pasa luego a la amiga de las niñas de Mesa, mucho más acreditada y concurrida. Y también algo más distante. Para llegar a ella tiene entonces que pasar por la calle de los Malteses y atravesar el cauce seco del barranco que separa los barrios de Vegueta y Triana. La nueva escuela está en la calle de la Carnicería, frente al callejón de Mon-

tesdeoca. En invierno, cuando corren las aguas por el barranco, el recorrido es mucho mayor: tiene que torcer por la calle de la Peregrina y la Plazuela para atravesar el puente de piedra, y bajando después por la Recoba vieja, entrar ya, por la calle de la Pelota, en la de la Carnicería. Aunque haya mal tiempo, Benito no se libra de asistir a la escuela. Su madre le trata con cariño, pero no con mimo, y en este punto de la instrucción de los hijos, como en otros muchos, doña Dolores tiene ideas fijas e inflexibles.

Diariamente va Teresa a llevar a Benito a la escuela y después a recogerlo. Casi siempre le acompaña también Juanito Sall, un niño juicioso y tristón como él, que vive en una casa muy próxima. Es el único amigo de Benito.

La escuela consta de dos grupos de alumnos: el del cuarto chico y el del cuarto grande. El primero está integrado por párvulos, pero dentro de él hay separación de sexos: los niños se sientan a la izquierda y las niñas a la derecha, cada uno en silla o banqueta propia, que ha llevado el primer día de clase. Entre unos y otros, junto a la puerta, está la silla de la maestra; doña Bernarda está armada de caña y palmeta.

En el cuarto grande, que se halla a continuación del chico, se educan las alumnas ma-

yores. En este grupo ya no se admiten varones. Al frente de él está doña Belén, la directora, su hermana Rafaelita y su hermano don José. Don José está empleado en la contaduría de la catedral y es un gran pendolista. El es quien prepara a las chicas por los métodos rivales de Torio e Iturzaeta para escribir cartas sentimentales a los futuros novios.

Benito, por su sexo y por su edad, entra a formar parte del grupo del cuarto chico. Allí permanece sentado diariamente de nueve a doce y de tres a cinco. Esto de permanecer quieto y en silencio durante tanto tiempo es un suplicio terrible para la mayor parte de los niños; para Benito, en cambio, no lo es tanto, a causa de su temperamento tranquilo. Gracias a esta docilidad se libra de los castigos que otros compañeros tienen que soportar con frecuencia. Es completísimo el código disciplinario de la escuela. Una verdadera escala de penas sirve para sancionar las más diversas faltas, según su gravedad. Si la infracción o desacato ha sido leve, se ata al banquillo un pie del culpable. Los colores de la cinta empleada en esta operación expresan los diversos grados de culpabilidad. Si, por el contrario, la falta ha sido grave, las sanciones son mucho más vejatorias y mortificantes. La que más se aplica es la de

exposición. El reo es conducido al cuarto grande, el de las chicas mayores, donde éstas, a hurtadillas, someten su orgullo a las más refinadas pruebas.

Por lo demás la escuela no es desagradable. Sus suelos están muy limpios; sus paredes, encaladas, son blanquísimas, y, tanto en el cuarto grande como en el cuarto chico, el sol entra todos los días a dar su lección...²².

LAS PROCESIONES DE BENITO.

La asistencia a la escuela no modifica grandemente sus aficiones. En los ratos que tiene libres en su casa, no deja de volver al papel, la goma y las tijeras. Con el transcurso del tiempo, los tipos y los asuntos se van multiplicando y complicando. Ahora son multitudes en marcha las que representa. Sobre todo prefiere la representación de procesiones; procesiones de papel, que desfilan por los muros de la casa y en las que no falta el menor detalle ²³.

CONSTRUCTOR ROMÁNTICO.

Cultivando así sus habilidades, llega a realizar trabajos manuales de mucha mayor importancia y envergadura. En 1851, refugia-



El pueblo en miniatura construido por Benito en 1851.

do del cólera, con su familia, en la finca del Monte Lentiscal, acomete la obra cumbre de sus actividades infantiles. La naturaleza le ofrece allí mayor variedad de materiales; sus trabajos van a exigir ahora algo más que papel y tijeras. Para su empresa dispone, por otra parte, de todo su tiempo, sin interrupciones de clases, paseos, visitas ni otras mortificantes atenciones.

Con piedrecillas, barro, maderas, cartones, cola y otros elementos, va levantando nada menos que un pueblo. Un pueblo de calles muy pinas, casas apiñadas de altos tejados, fuertes torreones, fosos y puentes levadizos. Sobre el pueblo, una enorme iglesia de traza gótica alza su mole gris y desproporcionada: ¿De qué revista o cartulina para trabajos manuales tomaría Benito el modelo de esta construcción de líneas nórdicas, tan distante de los caseríos canarios, espaciados, chatos y blancos que le rodeaban? Fué, por lo visto, un caso único, de inconsciente romanticismo, dentro de su profusa obra de niño realista y tijebrero ²⁴.

EL RECUERDO DE LOS EPISODIOS.

Pasada la epidemia del cólera y de nuevo en Las Palmas, Benito reanudó su vida or-

dinaria con sus clases, sus paseos y sus procesiones de monigotes de papel. Y, entonces como antes, esta abundante producción de figuras de papel recortado adoleció de una falta, extraña en un niño: en la múltiple y variada colección de tipos por él representada, que abarcaba desde los pescadores como Pepe Chirino a los encopetados caballeros, desde los monaguillos al señor obispo, faltaban o estaban muy raramente representados los soldados. La ausencia de éstos sorprendía aún más, siendo Benito como era hijo de un militar. Muy raro habrá sido que su padre no hablase alguna vez en familia de sus pasadas actividades castrenses.

Más de una vez debió don Sebastián de referir a sus hijos la mayor aventura de su vida: aquella ya lejana expedición a la península en el batallón de granaderos canarios. Y como con los años va aumentando en todo hombre la necesidad de compensar la disminución de sus energías con el recuerdo consolador de actividades pasadas, debieron de ser los hijos más pequeños los que desde la infancia le oírían repetir más veces los diferentes episodios de su campaña: el triunfo de Alburquerque, la batalla de Chiclana, el lance formidable de la construcción de una batería en el sitio de Cádiz... La versión de los hechos que él diera, quizá se completara con

la mas detallada y puntual que alguna vez, en visita, refiriese su hermano don Domingo, el que fué de capellán. Y, por último, no debió de faltar la versión pintoresca, contada a los chicos por el que sirvió de asistente durante toda la campaña, el fiel Juan, criado después, por muchos años, de la casa. Sin embargo, el pacífico Benito no sentía la tentación de formar batallones con soldados de papel, ni de jugar a la guerra como la mayor parte de los niños de su edad. Si se atiende a una anécdota, casi se puede decir que llegó a sentir cierta adversión a lo marcial.

Según habría de dar a conocer muchos años después su hermana Tomasa, parece que con frecuencia acostumbraban vestir a Benito de blanco. Y él, que se había fijado en la facha grotesca de los milicianos—blanco uniforme sobre la morena piel africana—cuando acudían a pasar revista el día de San Pedro Mártir, se quejó un día amargamente:

—¡Háganme—suplicó—otro traje que no sea blanco, porque con éste me parezco al tambor mayor! ²⁵.

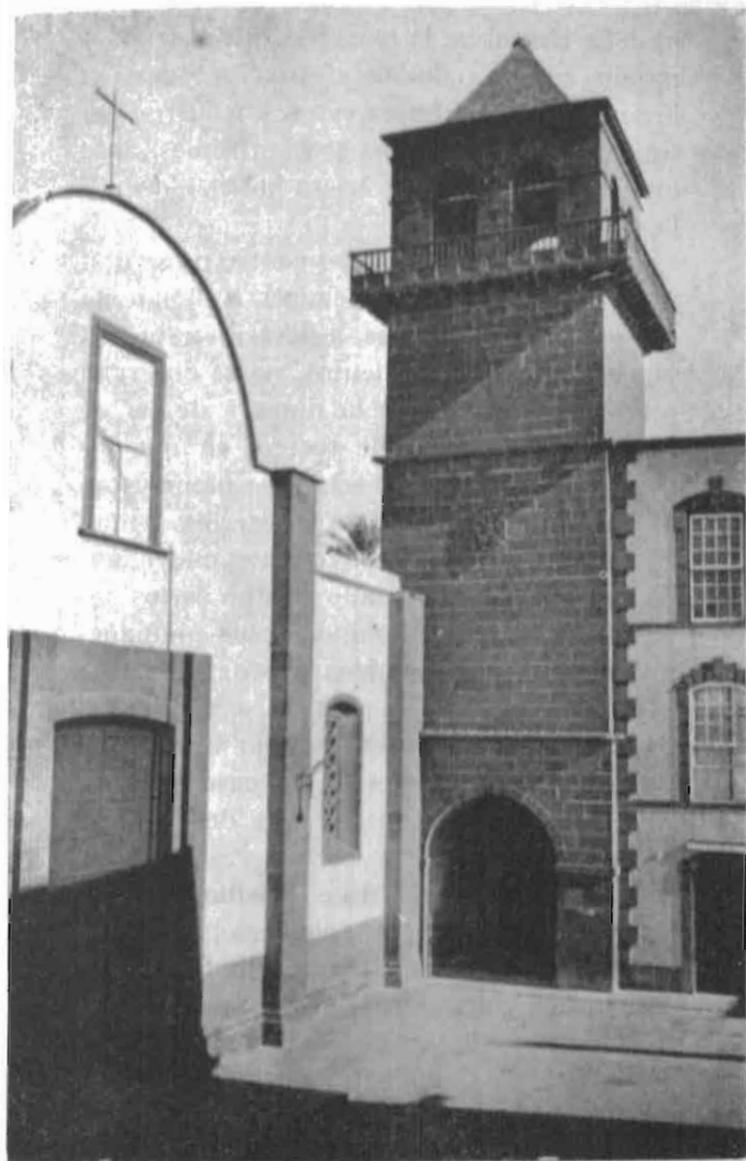
BLANDURA Y RELIGIOSIDAD.

Entre su casa y la escuela de las niñas de Mesa, pasó tranquilamente la infancia de Be-

nito. La religiosidad y la blandura femenina de uno y otro ambiente debieron de predominar en el tibio aire de estos primeros años: su madre, católica de una pieza, como buena hija de padre vasco e inquisidor; su tío Domingo, sacerdote y padrino suyo además; la escuela, vinculada a la catedral por don José el pendolista, y tanto en la escuela como en la casa— las inefables niñas de Mesa, las hermanas mayores de Benito, Teresa la criada—mujeres de religiosidad sencilla y tierna femineidad. Viviendo en este ambiente, no es raro que Benito, ya de por sí poco alentado y activo, se manifestase en forma tan dulce y pacífica. Las tijeras pudieran servir de emblema de esta primera parte de su vida, tan llena de monigotes y de procesiones de papel.

ALUMNO INTERNO DEL COLEGIO
DE SAN AGUSTÍN.

Al recoger, aprendidas ya las primeras letras, el banquillo de la escuela e ingresar como interno en el colegio de San Agustín, Benito debió de sufrir, pues, la impresión de un brusco trasplante. Allí ya no había una cariñosa mano femenina que le protegiese: no estaba su madre, amorosa a pesar de su carácter entero, ni sus hermanas, ni Teresa,



Iglesia y torre de San Agustín.

(Fot. J. Naranjo.)

ni doña Bernarda, la maestra, que si le amezaba con su palmeta y su caña, también le defendía. Por primera vez se encontró solo, sin más defensa que las suyas propias, ante un ambiente, que, si no le era hostil, al menos le era desconocido.

La actividad en el nuevo centro no se desarrolla con ritmo tan machacón y monótono como en la escuela. Mas, a pesar de esta mayor holgura de movimientos, no se observan repentinos cambios en la manera de ser de Benito. A las horas de recreo, en que los chicos, al quedar en libertad, se manifiestan espontáneamente, y saltan y corren y gritan, él, un poco encogido todavía en el nuevo ambiente, permanece sentado en uno de los pozos del patio, contemplando a sus compañeros con ojos semidormidos y benévolos.

Los domingos por la mañana se le permite, como a los demás internos, salir a visitar a su familia. La mujeres de su casa admiran su uniforme azul con botones dorados, su gorra—*la cachucha con visera*—y, sobre todo, el frac con faldones. En los bolsillos del frac guarda al marcharse las golosinas preparadas por las manos amantísimas de la madre. Aunque es goloso, las reserva para la merienda.

La tarde del domingo es esperada por todos los alumnos con ilusión especial. Formados

de dos en fila y guiados por los profesores, atraviesan marcialmente la calle de Triana, y van a esparcirse en grupos por la playa próxima al muelle viejo; allí pasan la tarde jugando alegremente. Esta alegría se trueca para Benito alguna vez en desconsuelo. Durante el trayecto, algún compañero desaprensivo, fiando en que él no habría de reaccionar furiosamente, le ha metido la mano en los faldones y, sin que lo advirtiese, le ha merchado la merienda, esperada con tantas ansias.

En las clases, tampoco Benito se hace notar, de pronto, como estudiante despierto y avisado. Pertenece más bien a ese tipo de estudiante corriente que ni sobresale por su inteligencia, ni sufre castigos por su torpeza. Sólo alguna que otra vez se le amonesta por distraído; su atención, cansada del aburrido libro de texto, vuela libre por el aula y se para a observar aquí y allá las cosas más insignificantes. Ningún profesor descubre en él facultades extraordinarias. Y así, quien había de llegar un día a ejecutar, por ejemplo, el andante de la Sonata 28 de Beethoven, pasa por la clase de música como uno de tantos alumnos insignificantes y anodinos. Al cabo de los años, el profesor, por más que se estruje la memoria, no logrará recordarlo ²⁶.

EL AMBIENTE LIBERAL
DEL COLEGIO.

Benito, a pesar de todo, progresa de modo notable en sus estudios. En el colegio reina todavía el entusiasmo de su reciente creación y los profesores trabajan y hacen trabajar. Hay, además, en sus aulas, un hervor de ideas modernas que mantiene el ambiente despierto y lleno de curiosidad. Allí ha desembocado un inquieto hilillo liberal, llegado un poco soterrañamente de aquellos primeros momentos, ilustrados, del Seminario. La restauración absolutista había reprimido las modas y las ideas afrancesadas. Algunos jóvenes se ausentaron entonces prudentemente de las islas; otros quemaron todos los libros y periódicos de la época constitucional; algún eclesiástico liberal fué desterrado. Pero, muerto Fernando VII, el liberalismo había vuelto a levantar cabeza: las publicaciones se habían multiplicado, las ideas circulaban con menos trabas; muchos emigrados habían regresado de su destierro forzoso o voluntario...

Entre los profesores del colegio, se encontraba uno de estos liberales vueltos del exilio: el inquieto doctoral don Graciliano Afonso, que, como se recordará, había sido diputado durante *los dos mal llamados años*

y, entre otras cosas, había votado la incapacidad de Fernando VII. En el colegio explicaba Humanidades y, hacía poco—1853—había publicado una traducción de la *Eneida*. Al frente de ésta, había insertado una *Advertencia*, que empezaba así: «En el año 1838 traje de América, donde permanecí 18 años emigrado por la causa de la libertad, una traducción de la *Eneida* en prosa, con notas, para la instrucción de la juventud canaria.»

No había instruído, sin embargo, a muchos alumnos en Las Palmas desde su regreso; sus actividades como profesor casi se habían limitado, antes de la fundación del colegio, a la educación de los hermanos Martínez de Escobar. En cambio, su labor cerca de ellos había sido tan intensa, que se podía considerar como un auténtico magisterio. En casa de los Martínez de Escobar se llegó a organizar una recoleta tertulia literaria presidida por el doctoral. Y en ella, las ideas filosóficas y políticas del maestro, en sabia relación con sus conocimientos humanísticos, habían abierto honda huella en contertulios y discípulos. Uno de éstos, don Teófilo Martínez de Escobar, era ahora también profesor del colegio.

Todos estos aires de libertad, aunque influían en el ambiente del centro, no eran bas-

tantes, sin embargo, para alterar la vida escolar, que transcurría tranquila entre las aulas, los paseos y las visitas a la familia. La inalterable rotación del estudiante en el vivir sosegado de la isla ²⁷.

ESTUDIANTE Y PERIODISTA.

Aunque no es muy comunicativo, Benito va haciendo, con el tiempo, algunas amistades entre los compañeros. Estrecha la que ya tenía desde la escuela con Juan Sall y se relaciona principalmente con Andrés y Juan Navarro, con Fernando Inglot y con Fernando León y Castillo; este último es nieto de don Juan María de León, el jefe del batallón canario que intervino en la guerra de la Independencia.

Este grupo de muchachos se va contaminando, al correr de los días, de inquietudes que los demás no aprecian. Las novedades y alteraciones de la vida insular hallan en ellos especiales y finas resonancias. El periodismo, por ejemplo, que en la ciudad empieza a tener sus primeras manifestaciones, despierta en el grupo un sano afán de imitación. Las consecuencias no se hacen esperar, ni pueden ser más esperanzadoras. En el colegio, empieza a circular un periódico manus-

crito, hecho según el modelo de los «de verdad». ¡Ingenuos y encantadores pediódicos de los colegios! ¡Qué sanos o excesivamente pretenciosos sus articulitos fusilados de textos o enciclopedias! En este periodiquillo que ya circula de mano en mano en el colegio de San Agustín, aparece publicado el primer trabajo literario de Benito.

Pero el tranquilo muchacho, que, por lo visto, tiene sus inquietudes calladas, no plagia ni aprovecha en su artículo materiales de segunda mano. Quien había arrancado a la realidad personajes como Pepe Chirino y los había recreado con un trozo de papel y unas tijeras en su mundo de pequeñuelo, toma también de la vida los elementos para este otro mundo de papel y tinta que, ya un hombrecito, empieza a formar con la misma tenacidad y la misma observadora y callada diligencia.

El artículo de Benito fué muy comentado, y su asunto merece recordarse.

En el teatro que después se había de llamar *Teatro viejo* y que entonces era reciente, actuaba una compañía de zarzuela y ópera. Lucían allí sus líricas facultades dos tiples, cuyos nombres han sido conservados por la fama: la Pelisari y la Cavaletti. La primera era mujer entrada en años, ducha en el oficio de cantar y moverse en las tablas; la

otra, en cambio, muy joven, con voz más fresca, descuidaba aquellos detalles y se fiaba en los recursos de su juventud. El público, como siempre, dividióse en dos bandos, y llegó a ser tan vehemente el encono entre ellos, que muchos espectadores salían de las funciones roncos de gritar. No había otro tema más importante que distrajesse la atención y todos los comentarios se centraron en él. Por la noche, en la plazoleta del teatro, más de una discusión terminó a golpes; y en la función a beneficio de la tiple predilecta, cada grupo llenó la escena de flores, y soltó palomas, con gran susto de las señoritas que ocupaban la galería del centro. En algunas familias, hasta hubo disgustos y distanciamientos.

Esta contienda, vista con toda la serenidad y ojo crítico de que puede ser capaz un adolescente, fué el objeto de la crónica de Benito. En ella se recortaba la gloria artística de las dos tiples y se ridiculizaba el exaltado fervor de sus admiradores. El artículo, a pesar de su limitada difusión, sirvió de escándalo a los más apasionados y de vergüenza a los de mejor sentido ²⁸.

BENITO PÉREZ, DIBUJANTE.

Este espíritu de frío observador, capaz de descubrir rápidamente lo grotesco de una y otra parte, no se manifestó, sin embargo, poco después, con motivo de otra disputa no menos apasionada. Benito tomó partido en ella, y su ingenio satírico, espoleado entonces por la parcialidad, se mostró con mayor energía y agudeza.

A toda la población le había parecido muy acertada la idea de construir un nuevo teatro. El de Cairasco, a causa de la gran afición que se había despertado a las representaciones escénicas, había empezado pronto a resultar pequeño; además—y esto era una razón de mucho peso!—el teatro de Santa Cruz de Tenerife, la eterna rival, era mucho más grande. Pero si ante el proyecto había habido unanimidad de pareceres, la opinión se dividió profundamente en relación con su emplazamiento. Unos señalaban como lugar más indicado la plazuela del Príncipe Alfonso; otros pedían que el teatro se construyese junto al mar, para que los barcos lo pudiesen ver desde el horizonte. Este punto de vista marítimo ha sido siempre una pesadilla en Las Palmas y ha influido mucho en el planeamiento de edificios y barriadas. En cierta ocasión se había de proponer el derri-

bo de la vieja iglesia de San Agustín, no por pasión sectaria, sino para que el navegante, a su paso, pudiera columbrar al menos un costado de la fuente monumental del Espíritu Santo. En esta ocasión del emplazamiento del teatro, la contienda adquiere tal generalidad y acritud, que la pasada disputa sobre las tiples parece, comparada con ella, un juego regocijado y entretenido. Los bandos toman posiciones en los periódicos y desde sus columnas se ametrallan con las más envenenadas especies; la tertulia de la botica de *las cadenas* y la del Gabinete literario se convierten en agitados parlamentos; la pasión zigzaguea por los cauces más ocultos: invade las escribanías del juzgado, penetra en los colegios, perturba la paz de las salas capitulares, interrumpe el trabajo en zapaterías y carpinterías, provoca crisis políticas; porque ¡cómo no! hay mucho de política en el asunto.

Benito no se puede librar esta vez del apasionado ambiente. Además, el motivo de la discusión es ahora mucho más serio. Considera que es un disparate edificar el teatro —el teatro que con el tiempo se había de llamar *Pérez Galdós*— a la orilla del mar. El ruido de las olas en una playa de guijarros apagaría la voz de los artistas; la humedad del mar se filtraría por las rendijas de puer-



Las señoras son llevadas en brazo al teatro por marineros con el agua a la rodilla.

(Dibujo de B. P. Galdós.)



Un inesperado apuntador.

(Dibujo de B. P. Galdós.)

tas y ventanas y estropearía las instalaciones; en un sitio más céntrico, el proyectado teatro estaría mucho mejor.

Benito, como todos, prepara sus armas y se dispone a la lucha. Esta vez, sin embargo, no es la pluma la que esgrime, sino el lápiz. En las clases de dibujo del colegio, se han desarrollado y cultivado sus facultades de dibujante; ha reproducido láminas muy difíciles, algunas de las cuales, como la que representa un caballo en libertad, han sido guardadas por su profesor. Pero Benito no maneja el lápiz sólo en la clase de dibujo. Con el lápiz descansa del aburrimiento del texto en todas las clases y en el salón de estudio. Sus manos profanan los márgenes de sus libros con dibujos y caricaturas. Las figuras de sus compañeros y profesores orlan, sobre todo, las matemáticas, asignatura la más indigesta para él, y ante la cual son frecuentes sus distracciones. Con el lápiz le parece que podrá expresar mejor que con la pluma sus ideas sobre el emplazamiento del teatro. Las escenas que imagina en éste, si se construyera junto al mar, se le presentan con tal fuerza y grotesco vigor, que piden más una expresión plástica que literaria. Son muchas las escenas y situaciones que concibe. Uno tras otro, va trazando así dibujos y dibujos y casi llena un álbum. La intención satírica

no es menor que la variedad: allí aparece, batido por las olas, el murallón del teatro, donde los buques atracan y donde las aguas levantan y ponen en tierra a los artistas y su equipaje; allí están los espectadores, provistos de salvavidas, en palcos y butacas; una señora guesa, muy conocida entonces, ocupó un palco y prepara su miriñaque para flotar; grupos de personas que acuden al espectáculo llegan nadando o en lancha; marineros curtidos por el sol de la costa de Africa esperan en el pórtico para trasportar en brazos a las señoras; un caballero se acerca a la taquilla y es recibido por un pez mitológico que agita las aletas; don Agustín Millares, el profesor de música del colegio, dirige la orquesta, cuyos músicos, con el agua al cuello, elevan y ponen en salvo los pabellones de las trompas y trombones; en el momento en que se canta *Norma*, los artistas huyen ante la violencia de las olas, que abren en el muro una gran brecha; por ella penetra y rompe las decoraciones la proa de un buque gigantesco... Y después, en las sombras de la noche, la luna, burlona, que ríe enloquecida y contempla el espectáculo de las lanchas que buscan a las víctimas junto al puente. Y más abajo, en el fondo, los peces fantásticos que miran con ojos de pasmo; y cangrejos y langostas de fuertes



Un barco irrumpe en escena.

(Dibujo de B. P. Galdós.)



Artistas con salvavidas.

(Dibujo de B. P. Galdós.)

patas de tenaza, y los pulpos de largos y viscosos tentáculos...; toda una fauna submarina asombrada y estupefacta.

Al dorso de uno de los dibujos, Benito escribe los siguientes versos:

*El infeliz arquitecto
sólo adornó el frontispicio
con estatuas y letreros,
que es un adorno sencillo;
mas bien pronto este defecto
disimularon solícitos
el cangrejo y la langosta
con el pulpo y el erizo.*

Ninguna de las críticas que en los periódicos y en las tertulias fueron lanzadas por hombres sesudos contra el intento de emplazar el nuevo teatro a la orilla del mar, tuvo la agudeza satírica de la de este joven estudiante, observador e imaginativo. Todos los puntos débiles del proyecto fueron señalados con caricaturesca malicia por su lápiz juguetón y expresivo. Cuantos vieron los dibujos rieron su gracia y los celebraron.

En ellos se manifestaban las dotes de observación de su autor con mayor riqueza que nunca, pero a su lado una vigorosa fantasía creadora brillaba con no menor intensidad. Y junto a la observación y la fantasía,

fuentes capitales de su talento, el rasgo más destacado de su carácter: la paciencia y la tenacidad. Igual que, cuando pequeño, pasara horas y horas recortando figuras de papel, en esta ocasión del teatro no se limita a trazar rápidamente una o dos caricaturas. Con su natural sosiego, insiste en el tema una y otra vez, descubre y examina todos sus aspectos, y con morosa delectación va desfigurando caricaturescamente todos los rasgos capaces de expresar su fino humor ²⁹.

ESTUDIANTE DISTRAÍDO Y MALICIOSO POETA.

Toda esta labor de dibujante, igual que la de «periodista»—periodista escolar, pero periodista al fin—, era realizada a hurto de sus estudios de bachillerato; era el fruto—prometedor fruto—de sus distracciones.

En los partes o informes minuciosos de las clases que se elevaban al rector del colegio, casi siempre aparecía Benito con la misma calificación: *distraído*. Profesores e inspectores le amonestaban con frecuencia por su falta de atención y por la incorrección de sus dislocadas posturas. Unas veces, casi echado sobre el negro pupitre, otras con el cuerpo ladeado en difícil equilibrio, algunas

con torceduras y contorsiones inexplicables, y casi siempre con las piernas, largas y elásticas, retorcidas y enroscadas con flexibilidad de mimbre, jamás se encontraba en forma correcta. Conseguir que Benito se pusiera derecho, fué un problema que no alcanzó solución. Obedecía a las advertencias, pero, al momento, su espina dorsal adquiría posturas de cuello de cigüeña y su atención volaba hacia las nubes. El lápiz o la pluma no tardaban en entrar en acción.

Cierto día el resultado de una de estas distracciones casi le cuesta un disgusto. En el salón de estudio del colegio, había compuesto una poesía en la que satirizaba la figura del señorito, o, si se quiere, de un determinado pisaverde. La composición empezó a circular entre el gremio estudiantil y no tardó en caer en manos de un joven quisquilloso, que se dió por ofendido. Creyendo que le aludía claramente, estaba a punto de llegar a las manos con el malintencionado autor, cuando intervino el encargado del salón de estudio, Faustino Méndez Cabezola; este joven inspector restableció el orden académico, confiscó la poesía y la sacó a la veigüenza pública en un periódico de Las Palmas. Pocos días después fué reproducida en *El Comercio de Cádiz*; de este periódico parece que la tomó más tarde (12 de abril

de 1862) *El Omnibus* de Las Palmas y, por último, hasta llegó a las columnas de un periódico madrileño. Con *El Pollo*, que este era el título de composición tan cacareada, Benito Pérez se asomaba por primera vez, y sin proponérselo, a las columnas de la prensa de Madrid. La poesía, sin embargo, no era una gran cosa, como se puede ver:

*¿Ves ese erguido embeleco,
ese elegante sin par,
que lleva el dedo pulgar
en la manga del chaleco;
que altisonante y enfático
dice mentiras y enredos
agitando entre sus dedos
el bastón aristocrático;
que estirando la cerviz
enseña los blancos dientes
sobre la curva nariz;
que saluda con tiesura
a todo el género humano,
y lleva siempre la mano
enclavada en la cintura;
que más obtuso que un canto
y sin saber la cartilla,
refiere la maravilla
del combate de Lepanto;
que va al teatro y pasea
sus miradas ardorosas,
contemplando a las hermosas
jóvenes de la platea;*

*que aplaude mucho al tenor
y aplaude a la Cavaletti,
y critica a Donizetti,
y al autor del «Trovador»;
que hallándose en la reunión,
sin modales elegantes
se va estirando los guantes
por vía de admiración?...
Ese estirado pimpollo
que pasea y se engalana
de la noche a la mañana,
es lo que se llama un pollo ³⁰.*

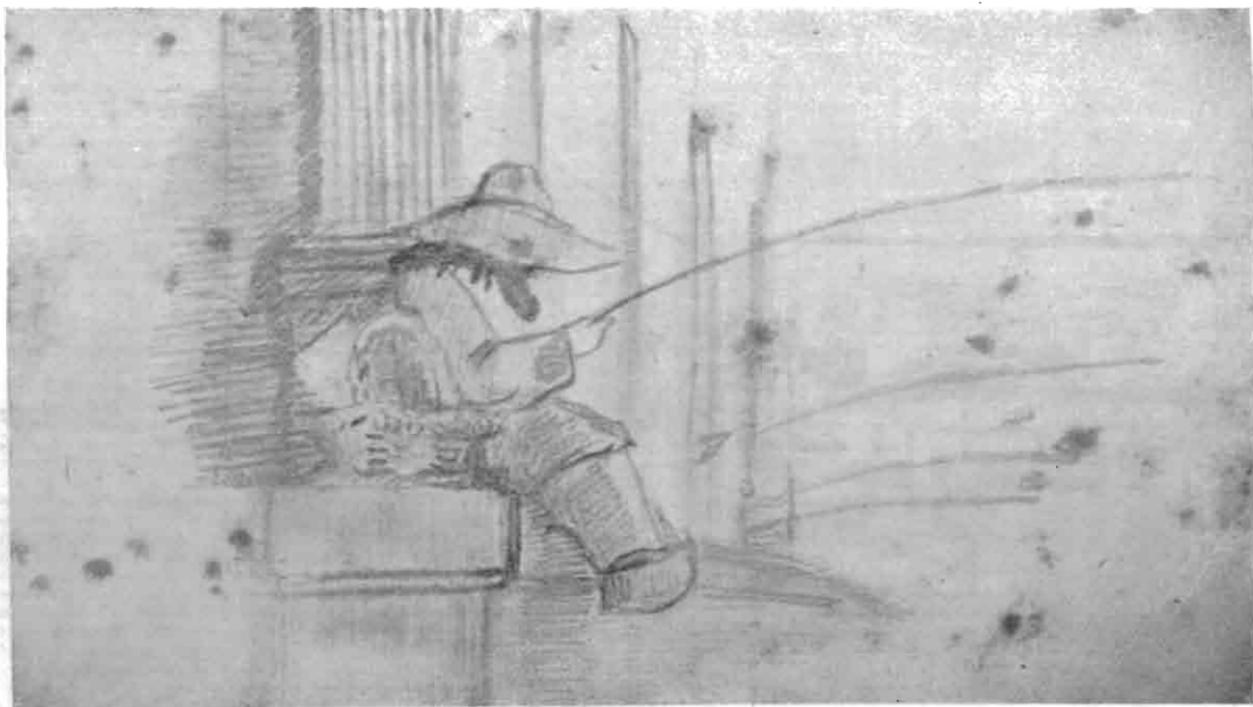
OTRA VEZ EL TEATRO.
ROMANTICISMO Y SÁTIRA.

Benito es ya casi bachiller; anda por los dieciocho o diecinueve años y, sin embargo, no es nada presumido; sencillo, llega, más bien, a ser a veces algo descuidado. Con las limpias ideas propias de los años mozos, libres aún de bajos intereses y de conveniencias sociales, siente aversión hacia todo lo falso y vacío; su espíritu crítico, hijo del idealismo de su juventud y de su aguda observación, se agita ante la hipocresía y la torcedura de las obras y acciones para satisfacer interesadas y ocultas miras. De modo especial le sigue inquietando el rumbo desfavorable que toma la cuestión del emplaza-

miento del teatro. Por la finalidad cultural del edificio, es tema que preocupa grandemente en el colegio. Los profesores siguen con atención la marcha de la tramitación de este asunto y la comentan en todos los tonos. Los alumnos, con mayor o menor intensidad y resonancia, también se hacen eco de la inquietud del ambiente en sus conversaciones. Y Benito, quizá el más sensible de sus compañeros, hace de nuevo esta cuestión objeto de su crítica. En una composición, mucho mejor que la de *El Pollo*, satiriza violentamente a las autoridades municipales, que, tras un prolongado debate, acaban por votar la construcción del teatro a orillas del Atlántico.

En la nueva producción poética, de marcada traza romántica, el espectro de Cairasco de Figueroa, poeta bajo cuya advocación había sido puesto el teatro viejo, surge una noche sobre la ciudad y lanza enérgicos dicitos contra los malos patriotas, autores del acuerdo. Los versos esdrújulos procuran dar mayor propiedad a la evocación de Cairasco:

*En una noche lóbrega,
se cierne sobre el ámbito
de la ciudad pacífica
siniestro ser fantástico.
Es el espectro fúnebre
de aquel poeta extático*



La fachada del coliseo náutico, convertida en lugar de pesca.

(Dibujo de B. P. Galdós.)



Vista antigua de Las Palmas. A la derecha, junto al mar, el *teatro acuático*.

que a mártires y vírgenes
y apóstoles seráficos
colores dió poéticos
con sus serenos cánticos;
de aquel cuyos volúmenes,
que algunos llaman fárragos,
contienen más esdrújulos
que gotas el Atlántico.

Al ver la chata cúspide
del coliseo náutico,
una sonrisa lúgubre
bulló en sus labios cárdenos,
y con expresión hórrida
exclama contemplándolo:
«¿Quién fué el patriota estúpido,
quién fué el patriota vándalo,
que imaginó las bóvedas
de ese teatro acuático?
¡Por vida de San Crispulo!
Que a genio tan lunático
merece coronársele
con ruda y con espárragos,
para que el tiempo próximo
en los anales clásicos
le aclame por cuadrúpedo
con eternal escándalo.»

Así dijera, y súbito,
su rostro seco y pálido
tiñóse con la púrpura
del encendido gánigo,

*y en los espacios célicos
corrió con vuelo rápido,
pronunciando los últimos
esdrújulos tiránicos,
que en el espacio cóncavo
repite el eco lánguido,
diciendo en voz lacónica:
«¡ Qué bárbaros, qué bárbaros !»³¹*

LA VOCACIÓN LITERARIA
SE ACENTÚA

III

CRÍTICA Y PRECEPTIVA LITERARIAS.

El sentido crítico de Benito no se ha desarrollado solamente ante las torpezas de la sociedad o de los individuos; quien es ya capaz de componer versos como los dedicados al coliseo náutico, no es raro que a veces actúe también de crítico literario. Un compañero suyo, Fernando Ingot, había de recordar andando el tiempo una de estas intervenciones. En clase de Retórica y Poética, el profesor había encargado a los alumnos una composición en prosa. Fernando la hizo, porque le cupo en suerte o por elección propia, sobre el Invierno. No fué para él un trabajo fácil. Se estrujó el caletre, sudó, redactó, tachó mil veces, hizo un gran gasto de papel y tinta, pero, al fin, bastante satisfecho de su obra, la puso en limpio y la firmó. Cuando ya iba a entregarla al profesor, se la mostró

a Benito, y, con gran asombro suyo, vió que éste se la llenaba de correcciones y advertencias. Después, en plena clase, el profesor manifestaba que aquellas «advertencias y correcciones estaban muy en su lugar y merecían ser atendidas». La admiración de Fernando ya no tuvo límites ³².

Estas dotes de crítico literario, no las aplica Benito solamente a los trabajos de los compañeros. Se manifiestan, aún con mayor libertad y energía, en sus propios ensayos. En una composición que le encargaron en la misma clase de Retórica y Poética, lejos de hacer la típica redacción, ingenua o exaltada, plagada de pedantescos lugares comunes, ridiculiza la pedantería, la retórica y los tópicos. Su aversión a las artificiosas y resobadas fórmulas de escuela y sus preferencias por la expresión sencilla y cargada de realidad le llevan a una posición interesantísima ante la literatura. Por una parte, y salvando distancias, aparece en línea con la remota tradición española de escritores que han puesto en solfa modas poéticas de signo contrario al inevitable realismo de raza; por otra parte, tiene, más o menos inconscientemente, gestos o expresiones que valen por indicios claros de una futura orientación. Unos fragmentos de su antirretórico trabajo

darán clara idea de cuáles eran sus tendencias y su actitud:

«¿Qué podré yo decir de la salida del sol que no haya sido dicho y repetido mil veces por esa turba de plagiarios rimadores que infestan el moderno Parnaso?... Todo cuanto diga del *arrebol*, del *fuego*, de la *púrpura*, de los *cien mil colores*, del *nácar de las nubes*, del *hermoso cambiante*, del *rielar de las aguas*, del *azul inmenso*; del *luminoso y resplandeciente globo*, de la *sonrisa de la naturaleza*, del *caos sepulcral*, del *ámbito*, y de la *fulminea y albicante llama*, todo fastidiaría como falto de originalidad, equivaldría a repetir una vez más el inmenso diccionario de la grey pedantesca, con las mismas palabras, las mismas alusiones, los mismos giros, a ser, en fin, tan pedante como ellos...

»Pues bien; mientras tienen lugar estas maravillas allá arriba, echad una mirada por el rabo del ojo y veréis lo que pasa en la tierra.

»... Las flores abren sus cálices *purpurinos*, *transparentes*, *matizados*, salpicados con las últimas brillantes perlas del rocío... Luego que las flores están abiertas, viene lo del céfiro... En seguida, los quejidos del melancó-

lico ruiseñor trinando amorosas endechas, y las melifluas gargantas de las calandrias, de los jilgueros...

»Después que todos los personajes del catálogo de Buffon han cantado cuanto han querido... principian los pescadores a recoger sus redes... y los rebaños de ovejas a deslizarse en lánguido tropel sobre la verde grama.

.....

»POETA.—¿Qué es aquella línea rojiza que contornea los arcos de aquel puente y refleja en el cristal del río, semejante al hilo de las parcas, destacándose sobre la negra masa del puente? ¿Y qué es aquel continuo chisporreo que se mece y se eleva y se extiende, semejante a un escuadrón de infernales espíritus, semejante a la inspiración lenta, vibrante y sarcástica del ángel de las tinieblas?

»Yo.—Aquello es una banda de mosquitos que vienen a hacer la digestión de la sangre que inhumanamente han bebido, plaga carnícera de la humanidad, que aunque inferior a la de los pedantes, bastara por sí sola a armar una revolución máxima en el verano...

»POETA.—Pero, ¿qué veo? Aquello, si no me engaño, es una falange de tenebrosos espectros que se levantan de sus tumbas para amedrentar a los mortales; o una columna de vivientes átomos que se desprende de la tierra para formar nuevos mundos y nuevos seres; o es el soplo infestado del mundo que se apodera del alma de la cándida virgen, ángel del hogar, para distraerla de sus castos pensamientos y hacer retroceder su planta, que marchaba segura a la tranquilidad del claustro.

»Yo.—Mentecato, ¿no ves que es el humo que sale, a falta de chimenea, por un negro agujero practicado en el techo de aquella casucha? ¿No sabes que los patanes están guisando su potaje de judías y jaramagos *pa jincharse la panza antes de agarrar la azaa*, como ellos dicen...?

»¿Qué diablos tienes en la cabeza, que estás delirando con espectros, fantasmas, luces y satánicas inspiraciones.?

.....

»Acaba de una vez de ensartar tantas sandeces, ya que has dicho lo que todos han dicho tantas veces, expresiones que si algu-

no ha sentido, no has sentido tú; déjate de emanaciones que no sientes, de armonía que no escuchas, de embalsamados perfumes que no aspiras, de vivificantes reflejos que no perciben tus sentidos, de inexplicable y melancólica dicha que no siente tu corazón naturalmente prosaico...»³³.

El espíritu crítico y el gusto por la expresión sencilla y espontánea eran, pues, tan connaturales a Benito Pérez, que a la edad en que otros chicos hacen sus amanerados pinitos literarios, él barre con todos los amaneramientos y propugna la naturalidad como norma expresiva.

«LA ANTORCHA», OTRO PERIÓDICO
MANUSCRITO.

Trabajitos como éste, de crítica literaria, y composiciones como las que antes hemos visto, de sátira social, debieron de llenar las columnas del periódico manuscrito *La Antorcha*, que, según parece, fué por entonces la tentativa literaria y editorial de más importancia del adolescente autor. No se conserva ningún ejemplar de esta «revista», pero en un artículo publicado en *El Omnibus* (6-VIII-1862) se dan bastantes detalles de

ella. En el artículo, que se titula *Bartolo y Yo*, se lee lo siguiente:

«BARTOLO.—Pues ya se ve. Usted entenderá de leyes y reales decretos; pero para esto de novedades me pinto solo. Si usted tuviera conocimiento de unos periódicos literarios manuscritos que andan por ahí titulados el *Guanarteme* y *La Antorcha*, ya vería usted qué bonitos versos tienen.

»Yo.—¿Y quién se entretiene en redactar esos papeles y dónde los has visto?

«BARTOLO.—Sus redactores no los conozco; pero leerlos, los lee quien quiera, pues corren por ahí de mano en mano y aun tienen entrada en ciertas tertulias.

»Yo.—Deseara verlos.

«BARTOLO.—Eso será fácil; yo le aseguro a usted que es lástima no se den a la Prensa sus artículos y composiciones poéticas.

»Yo.—Qué quieres, Bartolo; por desgracia, en nuestro suelo no se da protección a la literatura: el genio muere y el gusto, el verdadero gusto, se pierde por temor a la

crítica severa de los que se complacen en destruir lo que no son capaces de hacer.

»BARTOLO.—Verdad y mucha verdad.»

Hay quien ha lanzado la hipótesis de que el pseudónimo *Yo*, que figura al pie del artículo, encubre al propio Benito ³⁴.

AUTOR DRAMÁTICO.

Pero si la crítica y la sátira quizá constituyeran el aspecto más natural y espontáneo de los «juveniles destellos literarios» del distraído estudiante, tal aspecto no era, ni mucho menos, el único. Si su espíritu observador le empujaba hacia la realidad, donde sus ojos se daban hartazgos, curioseando todas las cosas, el soñador idealismo propio de su juventud y, sobre todo, los gustos literarios de la época, le arrastraban hacia el romanticismo. Y así, quien más tarde habría de decir que «todo muchachó despabilado, nacido en territorio español, es dramaturgo antes de ser otra cosa más práctica y verdadera», ya había enjaretado entonces más de un drama histórico y horripilante. De uno, por lo menos, se tienen noticias seguras y detalladas: Es el titulado *Quien mal hace, bien no espere*.

Está escrito en verso, tiene un solo acto y figura fechado en 1861. Sus personajes son dos: Inés, de dieciocho años, y el conde don Froilán Pérez, de sesenta y ocho. La acción se desarrolla en un castillo feudal español, en 1304. De su argumento se ha dado el siguiente resumen:

«El conde don Froilán está casado con una hermana de Bermudo, de la que tuvo una hija; mas la esposa del conde, no pudiendo resistir sus celos y brutalidad, huye de su lado para refugiarse con su hermano, y éste robó también al conde su hija, casándose con ella. Don Froilán, al cabo de algún tiempo, consiguió apoderarse de Bermudo, a quien odiaba no sólo por el drama de familia, sino también porque el rey don Sancho IV le dió los castillos de Brodiel y Castrofuerte, que pertenecían al conde; al principiar la acción, Inés procura en vano hablar a Bermudo, e intercede por él inútilmente cerca de don Froilán, ofreciéndole descubrirle el paradero de su hija si da la libertad al preso. La acción se desarrolla rápida, violenta. Don Froilán deja pronto entender que ha hecho degollar a Bermudo; Inés, entonces, loca de dolor, le jura en venganza, que moriría sin saber de su hija, con lo que, exasperado el feroz conde, ordena a su verdugo que afile su cuchí-

llo, pues hay una nueva víctima. Solo don Froilán, siente remordimientos, vacilaciones; una carta que halló sobre el cadáver de Bermudo, dirigida a su mujer, y en la que habla de un hijo que no llegó a conocer, pues nació hallándose ya el padre preso en el castillo; impresiona su corazón de piedra: ¡es abuelo, sabe además que su hija se encuentra en Brodiell!... Pero sus vacilaciones cesan pronto. Inés debe morir porque conoce el asesinato de Bermudo... Los crímenes se encadenan.

»Cruza Inés el teatro para ir al suplicio. La lúgubre luz del crepúsculo alumbra la escena. Inés arroja un papel a don Froilán; en él le descubre que es su hija, que le maldice por haber asesinado al dueño de su corazón; pero que le perdonará si no venga sus iras en el recién nacido nieto...

»Lleno de horror, conoce el conde la tremenda verdad:

«—¡Qué vas a hacer! ¡Detente, Rebolledo!— grita desesperado al verdugo; pero es tarde: una campana dobla anunciando que se ha cumplido la sentencia, y el conde don Froilán cae desplomado, lanzando sus postreras imprecaciones:

»¡Confúndeme, Señor! ¡Dame la muerte!
¡La muerte, sí! ¡La muerte y el infierno...!»³⁵.

El asunto, el desarrollo y el tono no pueden ser más románticos. Benito rinde tributo en este drama a la moda literaria de la época. Aunque no esté muy de acuerdo con sus naturales tendencias, no puede evitar la influencia del gusto imperante. No es de extrañar. Si escritores ya formados y maduros han cambiado completamente de estilo bajo la presión de un nuevo movimiento literario, ¿qué podrá hacer contra el ambiente quien anda todavía en los primeros tanteos y no tiene aún estilo propio, ni gusto formado, ni orientación definida?

Es el mismo fenómeno que ya observamos en sus trabajos manuales de niño. Esta pieza dramática tiene igual significación que aquel pueblo enriscado de alta iglesia gótica, que también quedaba al margen de toda su labor realista de recortador de monigotes.

INFLUENCIAS CLÁSICAS.

La misma juvenil blandura a las extrañas influencias se advierte en la relación de un viaje alegórico que escribió el mismo año que el drama: *Un viaje redondo por el bachiller Sansón Carrasco*. Las Palmas, septiembre, 20 de 1861. Es el más interesante de todos sus

escritos de esta época. En él se manifiestan, en curioso ensamblaje, influencias clásicas—Cervantes, Quevedo, Vélez de Guevara...—y algunas referencias a autores románticos. El conocimiento de los clásicos españoles parece fruto de una clase de literatura bien aprovechada; sabe aún a colegio. La lectura de los románticos, especialmente de los franceses, pudiera ser, en cambio, de iniciativa propia. Pero a unos y otros elementos se suman, con singular valor, el connatural espíritu crítico y las notas y apreciaciones personales, en que empiezan a manifestarse las ideas del escritor en ciernes.

En la dedicatoria del *Viaje*, la influencia cervantina es manifiesta: -

«Sapientísimo lector: De buena gana quisiera entrar de lleno en el verídico asunto de mi historia, sin andarme en dimes y diretes contigo; pero al considerar que un personaje tan respetable como tú pondría muy mala cara al abrir las hojas de este mi libro, y que al encontrarse sin la debida *Dedicatoria* lo arrojaría mohino a cien pasos de sí, tomé de mal humor la mal tajada péñola, y descansando el codo en el papel, permanecí perplejo un largo rato sin saber qué decir ni cómo comenzar.

»Ya me levantaba y hacía ademán de arrojar la pluma sin que la esterilidad de mi ingenio pudiera imaginar ni siquiera una de esas ideas rancias mil veces vertidas al papel, cuando te distinguí frunciendo con cólera las cejas y amenazándome con el puño. ¡Ira de Dios! Quién pudiera, lector sapientísimo, asentar esta mi poderosa mano en tus hinchados mofletes; quién pudiera asir con entrambas manos un grueso garrote de avellano y hacerlo astillas sobre esas posas que envidiaría el mismo Sancho Panza.

»¡Oh tú, lector gastrónomo, engullidor de libros, que has encanecido en la continua contemplación del inagotable Dumas, y del sensibilísimo Federico Soulié!; ¡tú, que a fuerza de magullar novelas y de merendar folletines has petrificado tu sensible corazón y has llegado a pasar impávido tus ojos por las sangrientas páginas de Víctor Hugo!; ¡tú!, eres el que desprecia con aire pedantesco mi pobre libro, que aunque seco de invención no lo trocara yo por muchos de los que andan de mano en mano en nuestros días; ¡tú!, que pasando las noches leyendo de claro en claro y los días de oscuro en oscuro has sentido encajada en tu cerebro tan formidable máquina de lindezas y donosas aventuras. Bien te he visto, bellaco impertinente, bien

te he visto arrojar el libro, envolvete en una ancha capa y asiendo la potente tizona y armonioso laúd ponerte a cantar dulces trovas a la luz de la luna: mas sintiendo a deshora los pasos de la ronda pusiste los pies en polvorosa acuchillando de paso a un miserable esbirro que tuvo la desgracia de asirte por el extremo del ferreruelo. ¡Tonto de a folio! ¡Loco de atar! Díme, hideputa, malnacido, ¿por ventura ignoras que no eres un héroe de novela? ¿Qué maligno encantador te ha hechizado? Socarrón, estripaterrones. ¡Cretino indómito! ¡Antropófago!

.....

»Y basta, señor mío, y no digo más, que si seguir deseara, en Dios y en mi ánima que no me faltaría materia para hablar en tres semanas, porque de fechorías de lectores lleno tengo yo mi cerebro y no me arredran pelillos cuando en alas de mi mal humor arremeto lengua en iistre con algún impertinente pelarruecas, y le hago sudar la gota gorda en un quítame allá esas pajas. Basta de charla, y, si quieres oír una venturosa aventura que me sucedió hace poco días, pon atención y no me interrumpas.»

La forma en que el autor realiza el viaje

—por el aire, llevado por Satanás—hace recordar *El diablo cojuelo*, de Vélez de Guevara. Véanse unos fragmentos:

»Apenas el rubicundo Apolo, restregándose los ojos con aire soñoliento, dejaba el fúlgido jergón de escarlata y, puestas las correspondientes botas de viaje y el airoso sombrero adornado de blancas plumas, enjaezaba los fúlgidos caballos de su rutilante carroza; y apenas despidiendo con aire majestuoso a la tímida noche aparecía en el dintel guarnecido de diamantes de su oriental palacio, cuando, dando un salto en mi cama desperté y, como buen cristiano que soy, hice la señal de la cruz y me levanté.

»No bien había encajado en mi cuerpo, enjuto y más que medianamente largo, la clásica sotana y las correspondientes medias negras, cuando sentí un dolor agudo en las orejas como si las manos de un vestiglo me estuviesen tirando fuertemente de ellas. Volvíme dando un grito, cuando cátrate, lector amigo, que topé con el mismísimo Satanás, que sin pedirme el competente permiso se entró de rondón en mi habitación y me tiraba de las orejas como si fuera un chico de escuela.

—Hola amigo —, le dije colérico y mohíno— dejad estas orejas que son mías, y si el mismo Félixmarté de Hircania tocarme ha las orejas,

aunque para ello se armare caballero, si que yo aunque bachiller, e hidalgo de poco yantar y de poco huelgo, mal genio tengo y no dejo mis orejas a disposición de nadie.

.....

»—Es el caso, amigo Sansón, quiere un cuñado mío tomar estado con una ricahembra de Alcalá. Mañana serán las bodas, y como yo quiero y siempre deseo que las cosas se hagan en regla, me vino a las mientes la idea de un simulacro, acompañado de un auto o de algún entremés, con un paso de tragedia de los más de moda.

.....

»—Perded cuidado, amigo mío, que farándulas y comediantes no faltan a docenas. Yo conozco un estudiante amigo mío que hace el papel de tempestad con tal propiedad, que no hay más que pedir; y la lavandera de mi maestro de humanidades, que es una moza muy garrida y asaz bien dispuesta, representaba en algunos autos el papel de discordia mejor que lo haría la discordia misma... Y para poder aderezar con espacio el local del teatro llévame allá, amigo Satanás, porque en Dios y en mi ánima ya me siento con ganas de calzar el coturno.

«A este punto había llegado de mi razonamiento cuando, asiéndome por entrambas orejas echó a volar por encima de aquellos tejados de Dios como gato que lleva sardina, y, en un santiamén, me encontré en el zaguán de la casa de Lucifer, honor y prez de los diablos cazadores, que andan a caza de almas como los perros en caza de perdices y los caballeros andantes en caza de aventuras y de encantamientos.»

Sigue el capítulo segundo, *en que se da cuenta de cómo fué recibido el bachiller Sansón Carrasco en casa de Satanás, de las cosas que allí vido, con algunos otros nunca oídos sucesos*. A través de este capítulo son los Sueños, de Quevedo, los que acuden a la memoria.

«... A poco rato sacó Satanás de un gran armario que allí junto había, un grueso in-folio con hojas de pergamino y tapas de madera guarnecido de gruesos clavos de bronce. Al primer golpe de vista y casi olvidando el carácter de mi personaje, creí que fuera una voluminosa Biblia destinada a entretener los ocios de mi buen amigo, pero se desvaneció mi creencia al ver en la primera hoja del libro 1860, escrito con caracteres como el puño. En la segunda hoja decía con letras

dé igual calibre *Europa*, y en un rincón del aposento había tan gran cantidad de estos libros, que bien pudieran contarse por miles.

»Yo, que soy más curioso que las hijas de Eva, principié a hojear el libro y en la primera página leí:

»2.043 procuradores entrados en los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio y Agosto y que consumen diariamente 700 libras de pez, cuarenta quintales de azufre con 200 atriadoes.

»...—¡Cáspita!—exclamé—pobre gente. Y cómo abunda en este sitio...

»Y mi amigo alargó en aquel instante la mano, abriendo una gran ventana que allí enfrente había, y me señaló una inmensa galería cuyo fin en vano trataba de encontrar la vista y donde se agitaban en horroroso torbellino (como diría un poeta) más de 500 millones de condenados y otros tantos diablos, culebrones, martirizadores, etc...

»Después, tendiendo la vista sobre la siguiente hoja del cuaderno, leí: *1.749 escribanos...* Después seguían los demás administradores de justicia, que no eran pocos, y, por

último, alguaciles y esbirros, que eran infinitos.

»Página 5.^a... 2.043 *pervertidores de la juventud, que pasan los días y las noches envenenando el corazón de los inocentes niños so color de encaminarlos por el camino de los hombres completos y de gran tono.*

»—Este género, dijo Satanás, era muy escaso hasta el siglo pasado, pero ha crecido tanto en el siglo de las *luces*, que me veré en grave conflicto, a causa de no poderlo sujetar.

»Después seguían en orden de batalla los novelistas, que eran innumerables. Entre ellos había muchos de aquellos que se dan a propagar teorías ridículas, absurdos teñidos de color de rosa, muy agradables a primera vista, pero que producen el mismo efecto que una dosis de veneno revestido de una ligera capa de azúcar» ³⁶.

LA LIBERTAD Y LA RELIGIÓN.

Pero si el recurso de la visión alegórica del infierno es antiguo, y aun son tópicos algunos de los condenados—escribanos, procura-

dores, etc.—otros personajes y elementos infernales pertenecen a los tiempos modernos. Los toques liberales, las referencias a cuestiones religiosas y clericales son característicos de aquella segunda mitad del XIX, que entonces empezaba. Benito debió de ponerse en contacto con estas nuevas cuestiones y tendencias en el mismo seno del colegio.

Véanse unos fragmentos, en que aparecen bien claras las nuevas preocupaciones:

«A este tiempo llegábamos de nuestra revista cuando se me ocurrió una idea, y al momento interrogué a Satanás de esta manera:

»—Amigo mío, deseara de buena gana oír de vuestra boca aquello de la tentación a Jesucristo, aquella donosa travesura vuestra que tanto ruido hizo en Jerusalén.

»—Amigo mío, a la verdad es una de mis más graciosas aventuras, aunque ninguno de vuestros historiadores la cuenta como en efecto sucedió; todos procuran darnos en ella la peor parte, como pecador y estrafalario que soy; pero, si quieres creerme a fuer de honrado, te aseguro que toda aquella trapisonda no tenía otro objeto que una secreta reconciliación entre el cielo y el infierno. Por

vía de mis cuernos, yo hubiera lavado la afrenta que cayó sobre mí el día en que me echaron de allá arriba como a un perro golo, y Dios también hubiera borrado la fea nota de desamparador de pobres que después le dieron las futuras generaciones, amigas mías; cuando cátae que al estar prelu-diando con ese tuno de Cristo el discurso que había de trastornar las fases del universo, él, que no es tonto y un sí es no es erudito, se figuró que yo trataba de hacerle dar una valiente cabriola del monte abajo, se quitó de razones y haciendo una pirueta me despidió de su presencia dejándome con la palabra en la boca como perro atragantado.

»Al oír blasfemar de aquella manera al enemigo de Dios y de los hombres, corté la conversación volviendo la hoja en que estaban inscritos los periodistas y leyendo en alta voz otra tremenda hoja donde decía: *Cuenta de las mujeres perdidas en el presente año*,

»—¡Pecador de mí!—exclamé—. Pues qué, ¿tanto abunda este género que necesita artículo aparte?

.....

»—Y no es eso lo peor, amigo bachiller—prosiguió Satán—. No es lo peor que esas mujeres

descomedidas y gastadoras de las buenas costumbres, sostengan tan vergonzoso tráfico de su hermosura, no, seor bachiller amigo; es lo peor que los poetastros y novelistas han dado en sacar a plaza este repugnante aborto de la sociedad revestido con la púrpura del sentimiento y de la poesía...

»—Pero decidme, si os place; ¿no hay predicadores ni misioneros apostólicos que exterminen con su elocuencia tan formidable plaga?

»—¡Quiá, seor bachiller!. Todo es humo de pajas. Los predicadores no se entran en esas asperezas, so pena de una carga de sordas rechiflas y de cáusticas murmuraciones que no les dejarían punto de reposo. Infeliz mil veces el sacerdote que se desviare un tantico de la universal costumbre.

.....

»—¿Y los libros?—interrumpí.

»—¡Qué libros!, seor bachiller. Infeliz el librero, poseedor de ideas rancias y anticivilizadoras que se empeñe en trastornar el curso natural de las ideas: hideputa, follón; pues no faltaba más...; afuera, caterva imperti-

nente, no obstruyan el camino de la civilización, de esa locomotora fugaz que atraviesa la Europa sin estorbos mezquinos ni viles ideas que la detengan.

»Estas y otras filípicas caen en tropel sobre el infeliz autor o librero que clava en sus paredes el siguiente cartel: *Manual de la verdadera religión, vida de Jesucristo, el hombre y Dios.*

»El predicador conténtese con alzar los brazos en ademán de dar un salto sobre la cuerda floja; exclame... ¡Viva la libertad!, conmueva con su chusmigueresca (*sic*) elocuencia las bóvedas del templo y llene de ardiente y sacio (*sic*) fuego el corazón de los oyentes; entonces no necesita más; será más elocuente que Cicerón y más sabio que San Agustín.

»¡Libertad!, palabra sagrada, profanada a cada instante por cualquier intruso estripaterrones que se vuelve del lado de donde sopla el viento y se cree capaz de trastornar la faz del universo.

»Así hablaba el bueno de Satanás, con tan comedidas razones, que en nada al tentador de Eva semejaba, dejándome atónito y en extremo absorto con su discreto razonamiento.

»Después continuó: —Existió en París un

escritor que se puso en gran conflicto publicando un libraco, titulado *La mujer católica*; pero algunos días después de la publicación cobré ánimo al ver lleno de pasmo y admiración que ninguna mujer hacía caso del tal libro. Muchas le principiaron a leer creyendo encontrarlo de donosas aventuras repleto, pero lo abandonaban después como pesado y fastidioso. Tan sólo una hermana de la caridad y una monja de las Salesas pudieron leerlo de cruz a fecha, sin olvidar punto ni coma; pero la primera dedicó las hojas del tal libro, después de leído, a envolver píldoras y especias, y la segunda sintió en el alma no hallarse fuera del claustro para poder ser el ideal del padre Ráulica»³⁷.

¡Qué lejos ya de este cuasi bachiller, con ribetes de liberal y ademanos irreverentes, aquel niño modoso y casero, organizador de murales procesiones, prolijas e interminables! Les separa la misma distancia que se ha ido interponiendo entre la existencia confiada, segura y sencilla de la casa de Benito y el mundo arrebatado, cargado de dudas y gestos violentos, que, curso tras curso, ha ido surgiendo tras las ventanas del colegio. Entre una y otra parte no hay, sin embargo, solución de continuidad ni abismos insondables. Una honda corriente soterraña

las une y surge en uno y otro lado con brotes semejantes. Algunas de las testas que han contribuido a saturar de nuevas ideas el ambiente del colegio, llevan tonsura. Y sobre los agitados sueños de los estudiantes, el crucifijo sigue extendiendo sus brazos de paz y sosiego.

«LA EMILIANADA».

De esta manera, dando muestras de unas inquietudes que se desbordan del marco escueto de las aulas hacia ambientes más amplios, llega Benito al término de sus estudios de bachillerato: 1862.

A pesar de sus distracciones, que más bien deben de haber sido abstracciones, no debió de tener muy abandonados durante el curso los libros de texto. En el mismo mes de mayo en que obtiene nota de sobresaliente en todas las asignaturas del último año (Psicología, Lógica y Filosofía Moral, Física y Química), no le vemos, como a la mayoría de los estudiantes, agobiado de trabajos, apuros y preocupaciones. Muy al contrario, el 16 del mismo disfruta de holgura y buen humor para redactar el prólogo de su poema épico-burlesco *La Emilianada*.

Este largo poema, híbrido de elementos

clásicos y románticos, y todavía inédito, está compuesto en octavas reales y parece referirse a sucesos acaecidos en el pequeño grande orbe del colegio.

Las influencias clásicas se muestran principalmente en la dedicatoria, prólogo y autorizaciones, en que parodia el comienzo de las obras de nuestros grandes siglos. Toda esta parte, como es natural, está escrita en prosa.

El poema aparece dedicado «A D. José Alzola y González», en los siguientes términos:

«Mejor que yo, sabes tú, querido amigo, la historia asaz funesta de las grandes crisis populares que acaecieron en este pequeño reino. Tú más de una vez olvidaste tus deberes de hombre para inmolar tu libertad en aras de la patria. Tú, el más denodado de los patricios, el Catón de las Canarias, sabrás comprender y apreciar en su justo valor las gracias de este mi libro, que me inspiraron las nueve musas del Helicón mientras apuraba el cáliz de la amargura, subyugado por el segundo Atila, por Lucas primero. En él verás retratada tu sublime figura, adornada con los altos hechos de tu vida procelosa y heroica; en él verás los rápidos triunfos de tu lengua demostina y comprenderás adonde alcanza la voz de un ciudadano inspirado por las auras benéficas de la libertad.

¡Quiera Dios que este parto estéril de mi ingenio halle un eco de gratitud en ese tu corazón empedernido y gastado por la edad y los sufrimientos! Me atrevo a esperarlo, alentado por los recuerdos de nuestras amistad, y no olvidando que las flores del corazón no se marchitan nunca.—Tu eterno amigo, Benito Pérez Galdós.—Las Palmas, mayo, 16, 1862.»

Del prólogo parece deducirse que el héroe a que se alude en el poema tuvo algún cargo destacado en el colegio—regente, vicerrector, inspector—y que, más tarde, separado de él, tuvo que marcharse al pueblo de Haría, en la isla de Lanzarote.

«Amigo lector—dice—, que has abandonado al célebre Dumas o al popularísimo Castelar, para fijar tus ojos en este libro, guiado quizá por lo pomposo del título: *La Emilianada*, habrás dicho, atónito y confuso: «Parece cosa de ensalada; ¿qué animal es ese que tan misterioso se presenta?». Escúchame, si quieres saberlo: mi héroe no es menos grande que César. En el libro vastísimo de las glorias está escrito con letras de oro su sagrado nombre: *semper nomenque suum, laudes que manebunt*, como dijo no sé qué poeta latino. Es tan variado el catálogo de

sus proezas, que en vano trataría de imaginarlas iguales el más poeta. Las virtudes le sublimaron a tal altura, que en vano tratarían de humillarlo las más maldicientes lenguas. ¡Gigantesco semidiós nacido para asómbro de las generaciones presentes y futuras! El vaivén desastroso e inconstante de la popularidad le arrebató del poder para sumergirlo en las lóbregas cavernas de Haría, donde yace sepultado en el polvo del olvido lamentando su funesta caída. Séale la tierra leve, pues su espíritu ha muerto para los hombres y vive sólo para Dios. Semejante al coloso del siglo XVI, al vencedor de Europa, al dueño de medio mundo, que se sumergió en los claustros de Yuste, cuando el águila de sus triunfos agitaba cansada sus doradas alas para caer abatida al suelo.»

La suposición de que el poema se refiere a travesuras y escaramuzas estudiantiles, a las que ponía coto el protagonista, se ve confirmada en las siguientes estrofas:

*Un ruido sordo en el recinto suena
y los valientes de pavor transidos
contemplan todos con horrible pena
sus furores en miedo convertidos.
De Espínola la voz ya no resuena,
Manrique y Castro yacen abatidos,*

*el fiero Belarmino desaparece,
calla León y Alzola se estremece.*

*La herrada puerta entre sus goznes gira
y en el dintel Don Lucas se abalanza,
bañado el rostro, que terror inspira,
con la sonrisa cruel de la venganza.
Con ojos de Satán la turba mira,
cual tigre que se apresta a la matanza,
cual hambriento condor que ve delante
rojo montón de carne palpitante*

*Disperso corre el engreído bando
a la vista del jefe furibundo,
con vergüenza y despecho deseando
que se los trague el ámbito profundo.
¡Llora, pueblo infeliz, muere llorando!
¡Dios para ti no fabricó su mundo!
¡Esclavo sin razón!, ¿por qué combates?
Humíllate al poder de los magnates.*

Los elementos y recursos sobrenaturales a los que nuestro incipiente escritor es tan dado en estos sus primeros tiempos, no faltan en *La Emilianada*, poema escrito con Espronceda a la vista. Compruébense en este fragmento, en el que don Antonio López Botas, rector de San Agustín, aparece en una visita al cementerio, donde, según parece, yacía un alumno del colegio, apellidado Esplnola:

*Y mientras con rugidos de gigante
sus quejas exhalaba el elemento,
marchaba Antonio López, vacilante,
con la terrible hiel del sufrimiento;
los tristes ojos clava en la arrogante
cárcel horrible de color sangriento,
y exclama: ¡ Oh pueblo mío! ¡ Cuándo, cuándo
te veré en libertad y prosperando!*

*En el alcázar entra silencioso
do duermen todos en letargo inerte,
mas López, respetando su reposo,
cual fantasma fugaz que llanto vierte,
desapareció en el pórtico suntuoso
que conduce al recinto de la muerte,
donde cantos de muerte el viento entona
del ciprés agitando la corona.*

*¿Qué vas a hacer, heroico caballero,
a la mansión oscura del olvido,
negro fantasma de siniestro agüero
del tenebroso báratro salido?
¿Quién eres tú, mortal aventurero?
¿Eres viajero por azar perdido,
o el ángel bello que en la tierra vierte
el narcótico suave de la muerte?*

El poema *La Emilianada* fué seguramente la última composición escrita por Benito en San Agustín ³⁸.

BACHILLER EN ARTES.

Terminados sus estudios en el colegio, se traslada a Tenerife muy a principios de septiembre. Tiene ahora que graduarse en el Instituto Provincial de La Laguna. Durante los días 3, 4 y 5 efectúa los tres ejercicios prescritos y obtiene en todos la calificación de *aprobado*. En el segundo, se hizo constar un voto de *sobresaliente* ³⁹.

EL DESTINO LE EMPUJA HACIA MADRID.

Ya bachiller, y resuelto a cursar la carrera de Leyes, una grave medida contra el principal centro de enseñanza del archipiélago es decisiva en la vida del joven estudiante. La Universidad de La Laguna, desgraciadamente vinculada al engranaje de la lucha política que dividió a los españoles en el siglo XIX, había sido clausurada en 1845. Era forzoso, pues, trasladarse a la península para seguir estudios superiores. Y Benito Pérez, sin darse plena cuenta de la transcendencia de lo que hacía, resuelve matricularse en la Universidad de Madrid.

La creación del colegio de San Agustín parecía que había sido providencial para que

Benito terminase su instrucción primaria y cursase, debidamente, la segunda enseñanza. La clausura de la Universidad fernandina le forzaba, después, a ausentarse de las islas para continuar sus estudios y le ponía en camino de la corte. No parece sino que las circunstancias se empeñaban en que se cumpliera su destino.

Una vez aprobados los ejercicios de grado, Benito parte para la península, a lo que parece, sin volver antes a Las Palmas. Aprovecha el vapor *Almogávar*, que sale de Santa Cruz de Tenerife el día 9, rumbo a Cádiz. En esta época del año el mar suele estar tranquilo y la vida a bordo se hace agradable. En Tenerife ha embarcado también Faustino Méndez Cabezola, el inspector del colegio que había intervenido en la cuestión promovida por Benito con su sátira de *El Pollo*. Rafael Martín Neda, un joven poeta tinerfeño, que ya ha publicado algunos poemas en la prensa isleña, también toma el mismo barco. Y Juanito Sall, el compañero de Benito en la escuela y en el colegio, parece que ya venía con su padre, en el *Almogávar*, desde Las Palmas. Sobre cubierta los cuatro jóvenes forman una recoleta tertulia; recuerdan con nostalgia las aulas que acaban de abandonar, comentan las incidencias de los últimos exámenes, se

comunican sus planes y propósitos. De vez en cuando, alguno de ellos deja de atender a la conversación y se queda con los ojos perdidos allá en el horizonte. Ha pasado volando una gaviota y su atención se ha marchado tras ella, perezosa e ingrávida, por el azul del cielo... ⁴⁰.

* * *

El 30 de septiembre Benito solicitaba de la Universidad Central ser matriculado en Literatura latina, Geografía e Historia Universal, asignaturas que constituyeran el preparatorio de Derecho. Se hallaba alojado en la calle de Fuentes, número 3, 2.º, y su fiador era don Luis Francisco Benítez de Lugo, el inquieto, y liberal, Marqués de la Florida ⁴¹.

CAMINOS PARALELOS.

Benito Pérez Galdós, nacido precisamente cuando sobre Gran Canaria amanecía su época de desenvolvimiento y esplendor, ha pasado su infancia y adolescencia en medio del mayor hervor y entusiasmo por las más finas manifestaciones de la cultura. La isla y él han recorrido la primera etapa de senderos paralelos y estrechamente relacionados: la

isla, el de su moderno desarrollo y engrandecimiento; él, con múltiple afán, el de la revalorización de sus facultades. El y la isla tendrán más tarde momentos de vigorosos logros, períodos de gloriosa madurez; pero unos y otros no podrán comprenderse completamente, si se prescinde de estos primeros pasos ardorosos y decisivos. Cuando Benito Pérez sale de Gran Canaria, ha probado ya, con diversa fortuna, los difíciles caminos de la pintura, la literatura y la música.

Madrid. Enero 1952.

NOTAS

1. Refiriéndose a esta época, dice don SIMÓN BENÍTEZ PADILLA en su *Glosa de la exposición retrospectiva del Museo Canario*, Las Palmas, 1950: «Perezosamente digiere—Las Palmas—el fruto de sus campos. En su siesta, visitóla un naturalista alemán, Leopoldo de Buch, en 1815. Describióla en una obra que trata de volcanes. Llegó entonces la noticia de la batalla de Waterloo. Recibióse, dice Buch, con la misma indiferencia que si fuera en la China.»

2. Además de las historias generales de las islas—VIERA, MILLARES—véase ALFONSO ARMAS AYALA, *El neoclasicismo en Canarias*, José Viera y Clavijo, Graciliano Afonso Naranjo, en «El Museo Canario», Las Palmas de Gran Canaria, VI, núm. 15, julio-septiembre, 1945. También en Tenerife, desde que se solicita la fundación de su seminario, se incluye la Filosofía moderna entre las disciplinas que deberán explicarse en sus cátedras: «El Ayuntamiento, con motivo de esta expulsión—la de los jesuitas—, acordó, desde 5 de mayo se suplicase a S. M. que de los bienes de los de esta Ciudad se sirviese dedicar para la erección en ella de una especie de Seminario, en que se enseñase Matemática, Philosophía moderna, Theología moral i Dogmática, de lo que hay gran falta de Maestros en la Isla, i imposibilidad de salir a aprenderlas.» Cfr. *Memorias*, de don LOPE ANTONIO DE LA GUERRA Y PEÑA, en «El Museo Canario», IX, números 27-28, julio-diciembre, 1948, pág. 93.

3. Los inquisidores de Gran Canaria, después de hablar de algunas obras inglesas, que habían apresado a don Nicolás Blanco, vecino de la Orotava, y cuyo sólo delito era estar escritas en aquel idioma, comunicaban al Consejo, en carta del 7 de junio de 1781, lo siguiente: «Pero no es éste el mayor daño (se re-

fiere a no haber teólogos que entendieran el inglés) ni nuestro mayor cuidado, pues son muy pocos los que saben leer inglés, ni a él tienen afición por lo regular; esto sí la libertad y el descerrajo con que *chicos y grandes, y hasta mujeres*, se han entregado de poco tiempo a esta parte a leer cuantos libros de novedad y libertinaje pueden recadar, especialmente de Francia... y de esta verdad no son corta prueba, los testimonios que remitimos por separado.» Cfr. Archivo de la Inquisición de Canarias, Libro 8.º de correspondencia, pág. 99; citado por AGUSTÍN MILLARES, *Historia de la Inquisición en las Islas Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria, 1874, tomo IV, pág. 35. Véase también, sobre este punto, lo que dice ARMAS AYALA, *loc. cit.*, pág. 28: «La correspondencia sostenida por el Tribunal de Las Palmas con el Central de Madrid prueba a las claras hasta donde llegaba la fiebre enciclopedista. Casi se podría afirmar, a la vista de la correspondencia, que de cada dos encartados hay uno por lectura de libros prohibidos. Folletos, libros, manuscritos de Voltaire, Cati, Diderot y otros muchos son citados de continuo en las comunicaciones inquisitoriales. La intelectualidad isleña, siguiendo la moda, tenía a gala el tener escondido algún volumen que no hubiese pasado por la censura del S. O.»

4. Sobre la fundación de la Universidad de San Fernando, consúltense JOSÉ ESCOBEDO Y GONZÁLEZ ALBERU, *La Universidad de Canarias. Apuntes para su historia desde su fundación en 1711 hasta el presente*, Madrid, 1928; EMILIO HARDISSON, *Noticias sobre la primera Universidad canaria*, en «Revista de Historia», La Laguna de Tenerife, IV, 1930-31, números 23 y 28; JOSÉ RODRÍGUEZ MOURE, *Historia de las Universidades canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Instituto de Estudios Canarios, 1933; UN MAESTRO EN ARTES, *El fin de la Universidad fernandina*, en «Revista de Historia», XI, 1945, núm. 72.

5. Cfr. BUENAVENTURA BONNET Y REVERÓN, *La Junta Suprema de Canarias*. Prólogo de Antonio Rumeu de Armas, La Laguna, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, 1948; PRUDENCIO

MORALES, *Hace un siglo, 1808-1809. Recuerdos históricos*, Las Palmas, 1909.

6. Cfr. PRUDENCIO MORALES, *ob. cit.*

7. Sobre este período de la historia de Las Palmas, pueden verse: *Diario de Don Antonio Betancourt, comerciante en Las Palmas de Gran Canaria*. (Fines del siglo XVIII y principios del XIX), extractado, comentado y publicado... por Agustín Millares Cubas, Madrid, s. a.; DOMINGO JOSÉ NAVARRO, *Recuerdos de un noventón. Memorias de lo que fué la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a principios del siglo y de sus usos y costumbres*, Las Palmas, 1895; JULIÁN CIRILO MORENO, *De los puertos de La Luz y de Las Palmas y otras historias*. Estudio preliminar sobre *Don Cirilo Moreno y sus tiempos*, por SIMÓN BENÍTEZ PADILLA, Las Palmas de Gran Canaria, 1947; *Gran Canaria a mediados del siglo XIX según un manuscrito contemporáneo*, Ediciones del Excmo. Ayuntamiento. Las Palmas, 1950; SIMÓN BENÍTEZ PADILLA, *Glosa de la exposición retrospectiva ya citada*.

8. Cfr. La misma bibliografía de la nota anterior.

9. Además de las obras citadas en la nota 7, he aprovechado la Conferencia pronunciada en la sociedad El Museo Canario de Las Palmas, en mayo de 1943, por don EDUARDO BENÍTEZ INGLOT, con motivo del centenario del nacimiento de Pérez Galdós.

10. Cfr. AGUSTÍN MILLARES, *Historia de Gran Canaria*, II, 288-292.

11. Cfr. PRUDENCIO MORALES, *ob. cit.*

12. Véanse en AGUSTÍN MILLARES CARLO, *Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 1932, sub *Pérez Macías (Sebastián)*.

13. *Ibidem*, sub *Pérez Macías (Domingo)*.

14. Cfr. CLAUDIO DE LA TORRE, *Galdós en su tie-*

rra. Algunos antecedentes familiares, en *A B C*, Madrid, 5 de abril de 1931.

15. El puesto de gobernador del castillo del Rey le había sido otorgado por la junta de gobierno de 1840 al empezar la regencia de Espartero. Contra la destitución, presenta una instancia en la que dice que «a vindicar su honor entre sus compañeros y conciudadanos es a lo que aspira, no a otra cosa»; él «que ha visto premiados sus servicios a la Patria con las cruces de San Hermenegildo y Alburquerque», quiere «que se formen los cargos que resulten para justificarse de ello o, no justificándose, aparezca la justicia con que se le haya depuesto». Parece que, al fin, fué repuesto sin nota alguna desfavorable por aquellas ocurrencias. Cfr. GUILLERMO CAMACHO Y PÉREZ GALDÓS, *El general don Ignacio Pérez Galdós*, en *Apuntes biográficos*. Ciclo de conferencias pronunciadas en el Círculo Mercantil, Las Palmas de Gran Canaria, 1951, pág. 136.

16. Además de la *Historia de MILITARES*, véanse, en general, sobre este período, las mismas obras citadas en la nota 7.

17. «... posteriormente juramentamos a don Domingo Galdós, receptor interino, en 4 de julio de 1792, quien trabaja actualmente lo que se ofrece, y por Auto de este Tribunal, en 23 de Diciembre de 1793, se le señalaron 1.400 reales en cada año para remunerarle su trabajo y continua asistencia que tiene, constándonos que por ella hace falta a los negocios de su casa y comercio que tiene». Cfr. Libro de correspondencia del Santo Oficio de Canarias, 1793. En el Archivo del Museo Canario de Las Palmas. Don Domingo litigó su nobleza con la Justicia y Regimiento de la Villa de Azoitía y obtuvo sentencia favorable confirmada por la Junta General de la Provincia de Guipúzcoa, en la Villa de Deva, a 5 de julio de 1774, quedando protocolizados los autos en el oficio de José Javier de Elorza, escribano público de la primera localidad citada. Cfr. CAMACHO Y PÉREZ GALDÓS, *loc. cit.*, pág. 137.

18. Cfr. RAFAEL DE MESA, *Don Benito Pérez Gal-*

dós. *Su familia. Sus mocedades. Su senectud.* Madrid, 1920, pág. 10.

19. *Ibidem*, pág. 19.—Partida de bautismo de Benito Pérez Galdós: «En Canaria, a doce de Mayo de mil ochocientos cuarenta y tres. Yo, el Presbítero Don Francisco María Sosa, con licencia del infrascrito Cura del partido de Triana, bauticé, puse óleo y crisma a Benito María de los Dolores, que nació el día diez del corriente, a las tres de la tarde, en la calle del Cano, e hijo legítimo del Teniente Coronel del Regimiento Provincial de Las Palmas Don Sebastián Pérez, natural de Valsequillo y Doña María Dolores Galdós, de esta Ciudad; abuelos paternos, Don Antonio Pérez y Doña Isabel María de Valsequillo; maternos, Don Domingo Galdós, natural de Vizcaya, Provincia de España y Doña María Medina, de esta Ciudad. Fué su padrino Don Domingo Pérez; advertile su obligación y espiritual parentesco y firmamos. Matías Padrón. Francisco María Sosa.»—Sobre las campanas de la iglesia de San Francisco, en que fué bautizado, dijo en cierta ocasión lo siguiente: «Cuando he oído el tañido de sus campanas, siempre he sentido una emoción entre triste y dulce. Su son no lo confundiría con ninguno. Lo distinguiría entre cien que tocasen a un tiempo.» Cfr. EL BACHILLER CORCHUELO, *Nuestros grandes prestigios. Benito Pérez Galdós*, en «Por esos mundos», Madrid, tomo II (1910), página 45.

20. Toda esta parte de la infancia y aficiones de Benito, en LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS, *Don Benito Pérez Galdós. (Recuerdos de su infancia en Las Palmas)*, en «La Lectura», Madrid, 1919, páginas 333-352.

21. Cfr. EDUARDO BENÍTEZ INGLOT, conferencia citada.

22. MILLARES CUBAS, *loc. cit.*

23. *Ibidem*.

24. *Ibidem*, y CLAUDIO DE LA TORRE, *Infancia de Galdós*, en *A B C*, Madrid, 4 de enero de 1946.

25. Cfr. MILLARES CUBAS, *loc. cit.*
26. *Ibidem.*
27. Para esta parte de las actividades de don Graciliano Alfonso al regreso de América, he aprovechado la tesis doctoral que sobre este culto humanista e inquieto sacerdote ha compuesto mi buen amigo don Alfonso Armas Ayala.
28. MILLARES CUBAS, *loc. cit.*
29. *Ibidem* y FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI, *La adolescencia de Galdós. Su afición al dibujo y sus primeras obras literarias*, en «Semana», Madrid, 30, octubre, 1951, n.º 610.
30. Sobre la vida y actividades de Pérez Galdós en el colegio de San Agustín, véase H. CHONON BERKOWITZ, *Los juveniles destellos de Benito Pérez Galdós*, en «El Museo Canario», Las Palmas de Gran Canaria, núm. 8 (enero-abril, 1936), págs. 1-37.
31. *Ibidem.*
32. Cfr. F. INGLÓI, *Benito Pérez. Recuerdos*, en «La Provincia», Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo de 1943.
33. Cfr. BERKOWITZ, *loc. cit.*
34. *Ibidem.*
35. *Ibidem.*
36. *Ibidem.*
37. *Ibidem.*
38. Se conserva *La Emilianada* en un *Album poético de varios autores*, folios 43-75. Cuaderno manuscrito, en el Museo Canario de Las Palmas.
39. Cfr. BUENAVENTURA BONNET, *Benito Pérez Galdós*, en «Revista de Historia», La Laguna de Te-

nerife, núm. 62 (abril-junio, 1943), págs. 154-159. FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI, *Notas tinerfeñas*.—*Recuerdos de Galdós*, en «El Radical», de Las Palmas de Gran Canaria, 1933.

40. A mi buen amigo don Leopoldo de la Rosa Olivera, secretario de la Mancomunidad provincial de Santa Cruz de Tenerife, debo la siguiente interesantísima nota, tomada de un libro registro de dicho puerto—1862.—*Salida de pasajeros, que da principio en 21 de febrero de dicho año y concluye en fin de 1864*,—que se conserva en el archivo de la indicada corporación:

«Septiembre, 9, 1862.—Vapor *Almogáver*.—Capitán, D. José Fiol.—Destino Cádiz.—Pasajeros: Embarcados en Las Palmas, D. E. Clarke, D. José Benavides, D. Edward Sall y su hijo, D. Felipe Massieu y D. Francisco Méndez.—Embarcados en este puerto para Cádiz, D. Francisco Marqués de Castro, D. Manuel Varela y González, D. Francisco Lozano Miralles, D. Nicolás Power y su hija, D.^a Julia Alonso Caprario, D. Faustino López y Cabezola, D. Pedro Calderín y Calderín, D. Francisco Sirvera, D. José María Barreda, D. Andrés Martín y un hijo de menor edad, D. Antonio Sendrá, D. Rafael Martín Neda y D. Benito Pérez Galdós; D. José Borrajo y Haro, su señora y dos hijos (para Valencia); D. Lucio García Serón (para Cartagena); D. Bernabé Hernández, su esposa y un niño de pecho (para Málaga); D.^a Nicolasa Lecuona (para Málaga), Felipe García (demente, para Cádiz); Salomé Gutiérrez y Josefa Núñez (presas, para Cádiz).»

El pasajero Faustino López Cabezola no debe ser otro que Faustino Méndez Cabezola, pues ni el nombre, ni el segundo apellido, son corrientes: el cambio de Méndez por López debe de representar un simple error. Rafael Martín Neda, publicó poco después, en Madrid, su libro de poemas *Auroras*, y Pérez Galdós hizo del mismo un elogioso comentario en un periódico madrileño. El hijo que llevaba en este viaje don Edward Sall debía de ser Juan, el compañero de Benito.

41. Instancia en que solicita ser matriculado en la Facultad de Derecho: «Ilmo. Sr. Rector de la Uni-

versidad Central.—Don Benito Pérez Galdós, natural de Las Palmas, provincia de Canarias, a V. S. respetuosamente expone: —Que habiendo sufrido los ejercicios que son necesarios para obtener el grado de Bachiller en Artes, pero al mismo tiempo habiéndole sido imposible por efecto de la premura de su viaje, el obtener el título de dicho grado,— Suplica se sirva admitirle a la matrícula de las asignaturas del preparatorio de Derecho, protestando presentar el referido título en tiempo oportuno.— Gracias que espera de la reconocida bondad y justicia de V. S. — Madrid, 30 de septiembre de 1862. Benito Pérez Galdós.— Ilmo. Sr. Rector de la Universidad Central.— (*Al margen.*) Como lo pide a condición de presentar el título de Bachiller en Artes.— En el Archivo de la Universidad de Madrid.— Facultad de Derecho.

INDICE

	<u>Págs.</u>
I.—EL AMBIENTE	9
Antecedentes dieciochescos. — Luchas por la hegemonía del Archipiélago.—El batallón de granaderos de Gran Canaria.—Fiebre amarilla, abandono y monotonía.—Movimiento juvenil: "Los niños de La Laguna".—Las Juntas independientes.—Un episodio provincial. — Episodios particulares y nacionales. — Bajo el signo de la revuelta política.—El despertar romántico.	
II.—LA INFANCIA Y LOS PRIMEROS BROTES LITERARIOS	53
Los padres y la casa.—Los primeros años. — Caricaturista precoz.—En la escuela.—Las procesiones de Benito. — Constructor romántico.—El recuerdo de los episodios.—Blandura y religiosidad. — Alumno interno del colegio de San Agustín.—El ambiente liberal del colegio.—Estudiante y periodista. — Benito Pérez, dibujante.—Estudiante dis-	

traido y malicioso poeta. Otra vez el teatro. Romanticismo y sátira.

III. LA VOCACIÓN LITERARIA SE ACENTÚA	99
<p>Crítica y preceptiva literarias. - "La Antorcha", otro periódico manuscrito. - Autor dramático. Influencias clásicas. La libertad y la religión. - "La Emilianada". - Bachiller en Artes. El destino le empuja hacia Madrid. Caminos paralelos.</p>	
NOTAS	135

ESTA OBRA, EDITADA POR EL MUSEO
CANARIO DE LAS PALMAS, SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EL 7
DE JULIO DE 1952 EN
LOS TALLERES DE
E. GIMÉNEZ, S. A.
MADRID